REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIV — San José, Costa Rica 1937 Sábado 11 de Setiembre — Num 10

Año XIX — No. 818

SUMARIO

Discurso memorable de Dn. Manuel Azaña, Presidente de la República Española; pronunciado el día 21 de enero de 1937, en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Valencia

= Del folleto *Documentos Políticos*, editado por el Comisariato de Guerra de la Defensa de Madrid =

El discurso que Azaña pronunció hace algunas semanas en Valencia y en que el grande hombre español enfoca con claridad, certeza y valentía extraordinarias el problema peninsular del momento, es una pieza de actualidad de que no queremos privar a nuestros lectores. Lo reproducimos, por esto, en otra parte de la presente edición íntegramente.

Miradas las complicaciones de la guerra civil española, desde uno u otro punto de vista, afiliados mental o espiritualmente a la causa del gobierno o a la de la rebelión, no podríamos juzgar desapasionadamente los sucesos, ni situar la verdad real que ha de guiarnos en el trágico conflicto.

Leyendo las palabras de Azaña, damos en la zona propicia, llegamos al clima desapasionado que requiere el espectador, geográficamente alejado del campo de beligerancia, pero actor inconsciente, por étnicas afinidades, en la absurda contienda que se libra allá, del otro lado del mar.

El discurso mesurado, sencillamente admirable, del jefe del gobierno español, no hace sino explicar la razón de la defensa, la justicia de la entidad nación ante el levantamiento de descastados elementos nacionales que utiliza el extranjero para una guerra de conquista. La defensa no necesita explicaciones. Quien se defiende dentro de su casa, se defiende porque sí. Esto es obvio. Sin embargo, Azaña quiere decir al mundo, que lo sabe ya, que la guerra civil de España es una guerra internacional. La frase del estadista señala como preliminares de la insurrección la obra subterránea y tenaz de naciones interesadas, hecha en la Península a raíz y probablemente antes de la constitución del nuevo régimen.

Suena la voz de Manuel Azaña, en la soledad desventurada de su tierra, como una protesta estremecida cuyos ecos irán por todo el mundo pregonando la razón, la justicia de España. De España abandonada a su propia suerte; de España invadida por tropas mercenarias; de España expuesta a ser repartida entre los nuevos bárbaros como botín de conquista!



Don Manuel Azaña
Dibujo de Juan Carlos Huergo.

Esas frases de Azaña nos tocan, nos llegan a la entraña misma de nuestra sensibilidad de ciudadanos de una república libre. Hay algo muy hondo que hace poner de pie nuestro concepto del derecho humano. Simpatizamos, aunque nuestras simpatías no tengan alcance práctico alguno, con aquellos hombres solitarios, erguidos y valientes, enfrentados al más grande de los atropellos y marcados ya por el fuego de un sacrificio sin precedentes en la historia.

(De *El Tiempo*, Bogotá, 23-III-37).

"Señor alcalde, señores todos:

He oído con emoción, que me ha costado trabajo reprimir, las palabras de bienvenida que la legítima representación de la democracia valenciana acaba de dirigirme. En cualquier ocasión, en cualquier lugar de España, un saludo como éste quedaría profundamente grabado en mi corazón. Pero en las circunstancias actuales, y viniendo de la expresión auténtica de la democracia valenciana, su valor es imponderable. Valencia tiene en su historia el título glorioso de haber sido uno de los primeros y más fuertes hogares del republicanismo español, y en este país se daban de antiguo aquellas condiciones sociales, económicas y políticas merced a las cuales el árbol de la democracia ha podido crecer con la robustez que todos hemos tenido ocasión de admirar en tiempos pasados. Valencia, en la paz, era una joya de la República española, y en la guerra ha sabido cumplir con creces su obligación. Muchos hijos de Valencia han perdido sus vidas luchando en el frente por la salvación de todos sus hermanos de España. Conocemos los esfuerzos que en el campo de batalla los valencianos han sabido hacer. ¡Loor a todos ellos! Y conste el agradecimiento de todos por el esfuerzo valenciano. Y conocemos también los servicios de otro orden que el país valenciano ha prestado acudiendo al socorro y mantenimiento de los combatientes en las poblaciones asediadas por el enemigo. Además, Valencia, al saludarme por la boca de su alcalde, aviva mis sentimientos de otro tiempo, que ahora me es permitido evocar, porque recobran una actualidad moral.

LARGO PLAZO DE SUFRIMIENTO

A Valencia debo, en los comienzos de mi acción política, tan corta todavía, pero tan excesivamente dramática y tempestuosa, la primer acta de diputado que nunca tuve. Vuestro pueblo tuvo esa cortesía conmigo. Y hace año y medio, o poco más, la democracia valenciana nos prestó su auditorio clamoroso y su entusiasmo republicano para el grandioso acto en el que se inauguró la coalición política, que en el pensamiento de quienes la forjaron y en la pura intención de quien fué su portavoz estuvo llamada a prestar a la República una base amplísima de colaboración social y las bases pacíficas de progreso y de engrandecimiento de la sociedad española. Y es justamente hoy cuando evoco en Valencia, y ante su alcalde, este recuerdo, cuando tenemos delante el problema de la rebelión militar para destruir aquella obra que en Valencia se inició. Me es grato también que sea Valencia quien me presta la ocasión de deciros, a los seis meses de guerra, unas

cuantas palabras sacadas de la experiencia pasada, y que nos permiten considerar gravemente, en el optimismo sereno y razonable que nos pertenece a todos, los problemas inmediatos del porvenir. Seis meses de guerra, largo plazo de sufrimientos, señores; plazo que nos hubiera parecido increíble en el mes de julio, cuando el porvenir estaba oculto detrás del telón del tiempo. Pero ahora nos parece breve y encontramos en nuestra alma el vigor suficiente para duplicarlo si es menester, con tal de sacar adelante la causa de la República. *(Muy bien)*. En estos seis meses los datos principales de los problemas que tenemos delante no han variado en lo esencial. Lo que ocurre es que, como de la semilla sale la planta, lo que llevaba contenido en sí el problema al estallar en el mes de julio, ha ido manifestándose a la luz.

EL DEBER DEL ESTADO: OPONERSE A LA REBELION

¿Qué fué para nosotros el hecho de la rebelión? Para nosotros fué y hubiéramos querido que siguiera siendo un problema de carácter nacional español, un problema interno de la política española. El hecho es bien conocido. Gran parte de las fuerzas armadas de la nación, en connivencia y como brazo ejecutor de partidos políticos adversos al régimen, se sublevó contra el Gobierno republicano con el propósito de derrocar por la fuerza el régimen que la nación libremente en el sufragio universal se había dado. Este es el hecho y delante de él el Estado y sus órganos representativos, en todas sus jerarquías, conocieron su deber y cumplieron su deber sin vacilar un solo segundo. ¿Cuál era su deber? Oponerse como fuese a la rebelión militar. No se transige con la rebeldía cuando se ocupa dignamente el Poder, y en la representación de un Estado no se puede, no se debe transigir jamás con la rebelión. La dignidad, el deber, lo que se representa y lo que se debe a la nación no lo permiten, por terribles que sean las consecuencias de la acción guerrera, y el Estado cumplió con su obligación. Pero ocurrió, señores, que la mayor parte de los elementos defensivos del Estado de que pudiera disponer el Gobierno o estaban en la rebelión, o habían sido secuestrados por ella, o estaban disueltos o aminorados en su eficacia por consecuencia de la rebelión misma.

CUANDO SE HACE LA GUERRA HACE FALTA UNA JUSTIFICACION MORAL

Y entonces sobrevino el hecho maravilloso: la sorpresa española, que no habían quizá previsto los fautores de la rebelión. Ocurrió el hecho maravilloso de que el pueblo entero se puso a sustituir, a reemplazar a aquellos órganos del Estado que habían caído en inutilidad o en rebelión; el pueblo entero, en acuerdo estrecho con el Gobierno, con la representación del Estado, tomó las armas para defender su libertad y su República, y entonces se nos planteó el problema de aprovechar el entusiasmo, la lealtad, la fidelidad, el espíritu de sacrificio del pueblo para ir organizando y encauzando todos sus valores morales en forma que constituyesen organismos nuevos que reemplazasen a los antiguos, para que, con el menor desgaste, con el menor esfuerzo, con la menor pérdida de tiempo y de energías y con los menos sacrificios, el Gobierno de la República, el Estado republicano cumpliese con su deber, que era restablecer la paz en España y restaurar la República allí donde había sido temporalmente suprimida. Cumplido esto habíamos cumplido todos con nuestro deber.

Este esquema de la situación tiene un valor demostrativo para todos nosotros y para todo el mundo. Cuando se hace la guerra, que es siempre un mal; cuando se hace la guerra, que es siempre aborrecible, y más si es entre compatriotas; cuando se hace la guerra, que es funesta, incluso para quien la gana, hace falta una justificación moral de primer orden, que sea inatacable, que sea indiscutible. Y de estos hechos que acabo de dejar expuestos en esquema, ninguno de cuyos datos es rebatible, se deduce lo inatacable de nuestra posición, la tranquilidad para nuestra conciencia personal y la tranquilidad para el porvenir de la Historia.

UN GRAVISIMO PROBLEMA INTERNACIONAL

Hacemos una guerra terrible, guerra sobre el cuerpo de nuestra propia patria; pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen. Nosotros somos los agredidos; es decir, nosotros, la República, el Estado que nosotros tenemos la obligación de defender. Ellos nos combaten; por eso combatimos nosotros. Nuestra justificación es plena ante la conciencia más exigente, ante la historia más rigurosa. Nunca hemos agredido a nadie; nunca la República, ni el Estado, ni sus Gobiernos han podido no ya justificar, sino disculpar o excusar un alzamiento en armas contra el Estado. Nuestra posición se ha robustecido en estos seis meses.

Sépalo el mundo entero y sépanlo los españoles todos, los que combaten a un lado y los que combaten al otro: nosotros hacemos la guerra por deber y en el cumplimiento del deber estamos dispuestos a persistir con tanto tesón como sea necesario para conseguir nuestro fin. *(Muy bien. Aplausos)*.

Por esto decía yo, señores, que el problema, al plantearse, era para nosotros, hubiéramos querido que fuese siempre, un problema de orden nacional interior; como si dijéramos, restablecer la observancia de la ley; como si dijéramos, un inmenso problema de orden público. Desgraciadamente no ha sido así; la rebelión militar española desde el primer momento ha adquirido los caracteres de un gravísimo problema internacional, y, diciéndolo con una paradoja, añadiré que desde antes del primer momento; quiero decir antes de que saliese a la luz el hecho físico de la rebeldía, porque estamos todos persuadidos de que si no hubiera precedido una intensa labor internacional, la rebelión militar española no habría estallado. *(Muy bien)*.

LA ZONA ESPAÑOLA DE MARRUECOS COMO ORIGEN DE LA REBELION

De dos maneras, a juicio mío, la rebelión militar de España asciende a la categoría de grave problema internacional; de una parte, por su origen marroquí, por haber tomado la zona española de Marruecos como origen de la rebelión y como depósito de base de operaciones de los rebeldes, y de otra, por el auxilio en material y en contingentes armados que ciertas potencias han prestado y prestan a la rebelión.

En cuanto al primer aspecto, es preciso confesar que todos los Gobiernos de la República, desde que estalló la rebelión, le han prestado una cuidadosa atención, más que la opinión pública en general. El hecho es bien claro: en la zona del Protectorado español de Marruecos los militares encargados de proteger la zona y de auxiliar al Gobierno del Protectorado en su función, se rebelan contra el Gobierno legítimo de la nación protectora y no se limitan a venir personalmente a pelear en la Península, sino que, además de traerse las unidades peninsulares allí acantonadas, traen tropas indígenas, reclutan soldados entre los moros de la zona y convierten lo que era expansión de la actividad política de España y cumplimiento de un compromiso internacional en la base de operaciones contra el Gobierno legítimo de la República.

EL ACTA DE ALGECIRAS Y LOS TRATADOS Y PACTOS COMPLEMENTARIOS

Este es el hecho. Compárese con la situación de derecho. Marruecos es un Estado extranjero para nosotros; la soberanía de Marruecos corresponde al sultán; el sultán tiene en nuestra zona un jalifa que, como su nom-

bre expresa, es delegado o emanación suya en lo político y en lo religioso; los decretos se expiden en su nombre, asistido de un alto comisario español, y todas las fuerzas que España costea allí o subvenciona a través del Majzén son tropas que están a la orden del Protectorado para los fines del Protectorado mismo, no para otra cosa. El hecho de que las tropas del Protectorado, que los súbditos marroquíes, que no son españoles, y el jalifa, representante del sultán, que no ha puesto en duda la legitimidad del gobierno español, que sabe que este Gobierno es el Gobierno de la República; digo que el hecho de que el jalifa, en manos de los rebeldes, o prisionero de ellos, o traidor, consienta esto, es no sólo contrario a las leyes españolas, sino a los Tratados y Pactos internacionales en virtud de los cuales España está en Marruecos. España está en Marruecos en virtud del Acta de Algeciras y de los Tratados y Pactos complementarios. Por qué está allí no es ocasión de examinarlo; pero estamos en virtud de eso y para cumplir esa misión, y el hecho de que se consienta, o se permita, o se disimule que las autoridades del Majzén presten una silenciosa aprobación al transporte de tropas marroquíes a España, es una agresión a los Tratados internacionales, una violación a los Pactos que nos mantienen en Marruecos, además de ser un ataque al Gobierno de la República.



(De Cecil Orr en *The Glasgow Record*)

Ventriloquismo?

Como si dijera: *Soy mi propio amo, y lo que resuelvo, eso se hace!*

LO QUE HEMOS RECIBIDO DE MARRUECOS: SINSABORES

Vosotros sabéis qué sacrificios se ha impuesto España por mantener el Protectorado en Marruecos. Nosotros no discutimos ahora esa política; vosotros sabéis con qué escrupulosidad los Gobiernos españoles han querido mantener el Protectorado en Marruecos y de qué manera los Gobiernos republicanos trataron de transformar la acción de España en Marruecos, desvirtuándola de su espíritu conquistador para hacerla más acomodada a las intenciones propias de la República y a los fines verdaderos del Protectorado. Nuestro país se ha impuesto por el Protectorado de Marruecos sacrificios ingentes que habrían bastado, invertidos en el interior del país, a redimir gran parte de nuestras provincias; pero de Marruecos nosotros no hemos recibido más que sinsabores: tan pronto una dictadura, tan pronto una rebelión militar. Y yo digo si no va a llegar pronto el día en que la opinión pública española, volviéndose hacia sus Gobiernos, les pregunte: ¿No es hora de poner término a una situación ultrajante, nociva, desconocedora de los Tratados internacionales, creadora de una difícil situación para las Potencias signatarias del Acta de Algeciras?

Nada más que esto es lo que hay en el hecho de la rebelión militar española encauzada y lanzada desde Marruecos. A mí no me corresponde ahondar más en el problema, ni buscarle una solución, ni enunciarla; el problema existe. El gobierno español lo sabe y la opinión pública también.

Nos damos cuenta de la dificultad del problema, pero sería vano suponer que el problema va a dormir eternamente subyacente, en los accidentes más violentos de la rebelión, sin que la República española, que es quien tiene derecho sobre Marruecos y quien puede imponer los derechos de España en Marruecos, no tome al fin el arbitrio que procede.

EN PRESENCIA DE UNA INVASION EXTRANJERA EN ESPAÑA

El otro aspecto de la cuestión por donde, como decía antes, la rebelión militar asciende al plano internacional, es el auxilio prestado a los rebeldes por ciertos países europeos. Cuando las fuerzas marroquíes, que también son extranjeras, no fueron bastantes para los fines militares de la rebelión, o cuando perdieron su eficacia militar, o por lo que fuese, han empezado a venir a España contingentes armados de otros países. Y esto cambia en cierto modo la situación moral creada por la rebelión, porque ya no se trata del peligro de la República, ya no se trata simplemente de una guerra civil entre españoles; digámoslo claro: estamos en presencia de una invasión extranjera en España, y lo que peligra no es solamente el régimen político, sino la independencias auténtica de nuestro país. *(Fuertes aplausos)*.

Hace meses, allá por el mes de julio, la primera vez que yo tuve ocasión de dirigirme a la opinión pública después de empezada la rebelión, me permití decir que la guerra que entonces se inauguraba era una nueva guerra de la Independencia, y que, además, prometía ser el primer acto de una guerra general europea no declarada entonces todavía. Algunas personas encontraron exagerados los términos de la declaración. Pero que esto es una guerra de Independencia ya lo estamos viendo, no sólo por el hecho de que el pueblo español se lance al combate para recuperar sus derechos, que es una manera de ser independiente, sino por el hecho más concreto y menos discutible de que hay pasos extraños en el suelo español, huestes armadas contra nosotros, y de cuyo triunfo resultaría la opresión absoluta de la independencia española.

Esta es la realidad: guerra de invasión, ataque directo a la independencia de España.

DELINCUENTES CONTRA LA ESENCIA VIVA DE NUESTRA PATRIA

Y este hecho nuevo, en virtud del cual la personalidad o la representación militar, política y moral de los rebldes pasa un poco a segundo término y aparecen en primera línea otros valores más importantes y más graves, crea para todos los españoles, incluso para los rebeldes, un problema de conciencia.

A mí no me cuesta ningún trabajo ser generoso con nuestros enemigos —no me lo ha costado nunca; no me arrepiento—, y en esta corriente de generosidad llego hasta suponer que en las filas de los rebeldes habrá muchas gentes ofuscadas por la pasión política, por fanatismo de partido, por un compañerismo llevado a extremos abusivos y perniciosos; pero me cuesta mucho trabajo creer que entre las tropas rebeldes no haya muchos que hayan sentido el sonrojo de españoles cuando de su rebeldía se ha hecho llave para abrir la puerta del territorio nacional a los ejércitos extranjeros. *(Nutridos aplausos)*. Me cuesta trabajo creer que entre los militares rebeldes, delincuentes contra el Estado —no vamos a disimular la gravedad de su delito—, rebeldes contra el régimen, olvidados de la disciplina; me cuesta trabajo creer, digo, que entre esos militares no haya muchos a quienes les repugne y les horrorice ser delincuentes contra la esencia viva de nuestra Patria. Me cuesta trabajo creerlo, porque siempre he creído en la eficacia del sentimiento del pundonor, aunque se extravíe, llevándonos a los extremos de la rebelión que estamos viviendo. Rebelarse contra un Gobierno, rebelarse contra un Estado legítimo, estoy dispuesto a encontrarlo, no legítimo, pero natural. Lo que es antinatural es facilitar la invasión de la Patria. Este es el problema moral que se crea para los rebeldes por el hecho mismo de su acción haciendo entrar en España a ejércitos extranjeros.

LA BANDERA REPUBLICANA ES LA BANDERA DE LA INDEPENDENCIA

Y otro problema del mismo tipo, aunque sin amarguras, se crea para otros muchos españoles que no han querido tomar parte en la contienda civil, que dicen que son neutrales, que por estas razones o las otras, unas respetables, otras miserables, se creen superiores a la contienda que nos agita. Y yo digo a todos estos españoles, altos o bajos, conocidos o desconocidos, dondequiera que estén: os permito, tolero, admito que no os importe la República, pero ¡que no os importe España! ¡Que no os importe la independencia de España! ¡Que podéis creer que es lícito seguir siendo neutrales cuando España está invadida y en peligro de que pase al dominio de un país extranjero! Eso no puede ser. Esa neutralidad equivale a la traición. Hay que llamarles a todos, a todos, porque el valor de la bandera republicana ha adquirido el valor de la bandera de la independencia española y quien no se agrupe en torno suyo y no preste el auxilio que pueda, donde sea, falta a su deber; no ya a su deber de republicano, sino a su deber de español. *(Muy bien. Aplausos).*

Nos parecía que la guerra en España, la rebelión militar por estos hechos a que estoy aludiendo, podía ser el primer acto o sería el primer acto de una guerra general no declarada. Tal fué mi expresión. Casi todo el mundo está conforme ahora en que este peligro existe. ¿Y por qué existe este peligro? Dejemos a un lado aquellas preocupaciones de los meses pasados, cuando planteado el problema de la aportación de material al Gobierno legítimo de España y a los rebeldes, se temía —seguramente que con honesta sinceridad— que una competencia por el mejor aprovisionamiento de uno y otro bando llevase a ciertos países a un choque armado. Ahora, repito, dejo eso a un lado. El peligro existe porque la invasión de España y la disputa por la posesión de España es la ruptura del equilibrio del sistema occidental europeo y la ruptura del equilibrio se hace en contra de las Potencias que hasta hoy, fiadas en la amistad de España, han podido mirar sin perturbaciones ni preocupaciones de ninguna especie la situación en el Occidente de Europa.

EL PUEBLO ESPAÑOL ES ENEMIGO DE LAS AVENTURAS Y DE LAS GUERRAS

Me doy muy bien cuenta, como todos vosotros, de que el peso político de España en el mundo es inferior a su dimensión geográfica; que nuestra poca potencia militar, o nula potencia militar, si queréis, disminuye este peso de España en el mundo europeo; que, además, el pueblo español es un pueblo enemigo de las aventuras internacionales y de las guerras —sus motivos tiene—, y sobre lo único que hemos estado de acuerdo todos los españoles en las últimas décadas es en ser todos partidarios de una posición neutral. Pero dentro de estas características la presencia de España en el sistema occidental europeo tenía un valor extraordinario, el que nacía de su posición geográfica, de sus balcones a dos mares, de su posición en el estrecho, de sus riquezas naturales y, cabalmente, del desarme de sus fronteras terrestres y navales; cabalmente de esto; es decir, que la debilidad militar de España y su voluntad de neutralidad han sido una pieza fundamental en la organización del sistema de equilibrio en el Occidente de Europa.

Refiriéndonos a Marruecos, vosotros sabéis bien que a pesar de todos los derechos históricos de España, o de todas las veleidades de expansión que nuestro país haya podido tener respecto a Africa, la única razón de que nosotros fuésemos o nosotros estuviésemos en Marruecos no era ninguna de ésas, sino la de que no estuvieran otros, para, seguramente, conservar ese equilibrio que precisamente cada día está en vías de romperse. Se rompe el equilibrio, pero nosotros no somos el objetivo principal de la ruptura. La posesión de las riquezas naturales españolas, de sus puertos, de sus bases, que no necesitan para estar dominadas por el extranjero enarbolar una bandera extranjera, que no necesita repartirse en provincias el territorio nacional para estar sometido a un yugo extranjero; la posesión de todo eso mira a un objetivo superior, a otro objetivo, el cual nosotros hemos salvaguardado siempre por nuestra propia situación pacífica y por nuestra situación de desarme. Y esto es el peligro de guerra.

UNA ADVERTENCIA LEAL Y SINCERA A LAS DEMAS POTENCIAS

Naturalmente, el Gobierno de la República —yo supongo la opinión del país— no ha incurrido nunca en la infantil pretensión de creer que otros pueblos van a posponer su interés nacional al nuestro. El interés nacional de cada país es sagrado para el país mismo, y mucho menos se le ha ocurrido al Gobierno de la República irle a explicar a otros países en qué consiste su propio interés nacional. Esto habría sido de una impertinencia sublime. Pero a nosotros, sin incurrir en esa impertinencia y sin incurrir en aquel candor, nos basta señalar el mapa, marcar los acontecimientos y que los demás saquen las consecuencias. Y si el equilibrio del Occidente de Europa se va a romper, tendremos que meditar, señores y amigos, si no valdría la pena, en último término, de que se rompa a favor nuestro, como quiera que sea, porque a un país no le están cerradas todavía ninguna de las rutas que se abren ante él.

Yo me acuerdo de que este sistema a que me estoy refiriendo de la posición española como una pieza esencial en el equilibrio occidental de Europa, jugó bien ventajosamente para la paz y ventajosamente para la guerra en el año 14. ¿No podría jugar otra vez? Y si España hubiese cometido la aventura de formarse una potencia militar, por el hecho solo de formarse esa potencia militar en España, que nos habría costado enormes sacrificios económicos, ya con ese solo hecho el equilibrio estaría roto, aunque hubiésemos puesto nuestra potencia militar a la disposición del sistema al cual siempre hemos sido fieles.

¿Se puede romper de otra manera? Yo temo que sí, pero no hago más que temerlo y espero que la sabiduría de quienes gobiernan y dirigen los destinos de Europa sabrán darse cuenta de que la lealtad, la fidelidad y el desarme de la nación española tiene un valor, pero que también tiene otro valor, o puede tenerlo, el rearme de la nación española. *(Muy bien).*

LA REPUBLICA LO HA HECHO TODO POR EVITAR LA GUERRA

Estos peligros de guerra, de guerra general, porque nosotros ya tenemos bastante con la nuestra; esos peligros de guerra han podido hacer pensar a muchos que el convertirse la guerra española en una guerra general europea, pudiera ser ventajoso, suponiendo que al calor de los grandes encuentros de los países europeos, la causa española, la justa causa española que nosotros representamos, saldría a flote con más facilidad. Yo no lo pienso así. El Gobierno tampoco. En primer lugar, la guerra, de ser por sí, es siempre una catástrofe y no es lícito buscar la guerra. Y en segundo término, porque la guerra general, si por desventura llegase a estallar, dejaría sumidas las aspiraciones españolas y la justa causa española debajo de las grandes contiendas que se plantearan al mundo europeo a consecuencia de la contienda militar, y correríamos el peligro de que nuestra justa causa, aún ganando esa guerra, se resolviese o ultimase por razones, o motivos, o condiciones, que no son las que nuestro corazón de españoles y de republicanos apetecen.

No. Nosotros tenemos que conservar en primera línea el valor nacional de nuestra causa y no envolverlo en ninguna otra causa más, y hacer valer nuestra causa todo lo que ella es en sí, no jugándola como factor internacional en pleitos que, al fin y al cabo, no nos importan.

Por esos motivos la República y los Gobiernos de la República no han hecho nada que pueda favorecer o aconsejar o llevar a una conflagración general. Lejos de hacer nada en ese sentido, han hecho todo lo que han podido para evitar un choque europeo armado.

PARA EXTINGUIR LA GUERRA HAY QUE DERROTAR A LOS REBELDES

Ahora se habla de limitar la guerra y de extinguir la guerra. Limitarla, en el sentido, si no me equivoco, de que no traspase el conflicto armado las fronteras españolas y no se convierta la guerra civil española en una conflagración general. Esto es limitar la guerra. Y extinguir la guerra es acabarla, naturalmente, y restablecer la paz en España.

Para la limitación de la guerra nosotros no tenemos acción ninguna. Si los peligros de la guerra provienen de que otros pueblos traen a España sus ejércitos con miras que pasan por encima de la propia causa española, nosotros no tenemos medios naturales de evitar esa conducta. No los tenemos. Corresponde a otros limitar la guerra; corresponde a otros restablecer la observancia del Derecho internacional, escandalosamente violado en nuestro suelo; corresponde a otros tomar las precauciones necesarias para que estos peligros de la guerra, que redundan en perjuicio de la causa española, se suspendan. ¡Ah! Pero para extinguir la guerra, sí; para extinguir la guerra nosotros no tenemos más que un procedimiento, que es continuarla. Para extinguir la guerra nosotros no tenemos más que derrotar a los rebeldes, y una vez derrotados ya veremos de qué manera los dudosos, los más realistas, los más reacios, acaban por reconocer que tenemos razón. *(Risas)*. Para limitar la guerra el gobierno de la República ha consentido sacrificios en su derecho, como vosotros sabéis bien; ha consentido el sacrificio de prestarse a la inspección o control de la importación de armas en España. Nosotros hemos mantenido siempre la pureza del derecho de un Estado legítimo, del Gobierno legítimo, a comerciar con otros países. Mantenemos el principio. Se nos ha dicho, conviene a la paz internacional una cierta transigencia.

LA LEGITIMIDAD DEL REGIMEN NO PUEDE PONERSE EN DUDA

Y hemos transigido. El Gobierno responsable ha transigido, con las reservas y con las condiciones que creo son ya públicas, pero hemos transigido en principio. Ahora, ni para limitar la guerra ni para extinguir la guerra, por cualquier procedimiento que se pueda poner en acción, nosotros estamos dispuestos a admitir que se ponga en tela de duda ni caiga la menor sombra sobre la autoridad de la República, sobre la legitimidad del régimen, sobre la autoridad del Gobierno que lo personifica, ni sobre ninguna de las representaciones del Estado oficial español. Sobre eso, nada. Primero, perecer. *(Los asistentes, en pie, prorrumpen en prolongados aplausos)*.

Quiero que conste, aunque sea redundante el decirlo, que mi presencia en mi sitio significa y denota la continuidad del Estado legítimo republicano *(Muy bien. Aplausos)*, que encuentra en el Presidente de la República, en el Gobierno responsable en funciones y en las Cortes los órganos supremos de su expresión representativa y de mando. Esa es la representación de la República, y sobre estas entidades, por lo menos en mi presencia en este sitio, con la de este Gobierno y la de la opinión pública, ni una mancha ha de caer. *(Grandes aplausos)*.

Pero nosotros —es decir, el Estado y el pueblo español, que esto es lo que digo cuando digo nosotros— no nos batimos sólo por esta concepción formal del derecho del Estado. No. Hay el contenido apasionante, patético, arrancado del corazón, que es el objeto de la contienda: nosotros nos batimos por la unidad esencial de España. Nosotros nos batimos por la integridad del territorio nacional. Nosotros nos batimos por la independencia de nuestra Patria y por el derecho del pueblo español de disponer libremente de sus destinos. Por eso nos batimos. *(Muy bien. Aplausos)*.

NO TIENE CONTRAIDO LA REPUBLICA COMPROMISO ALGUNO

Oigo decir por propagandas interesadas, aunque mi higiene mental me lleva a privarme de ellas cotidianamente; oigo decir que nos estamos batiendo por el comunismo. Es una enorme tontería si no fuese una maldad. Si nos batiésemos por el comunismo se estarían batiendo solos los comunistas; si nos batiésemos por el sindicalismo se estarían batiendo solos los sindicalistas; si nos batiésemos por el republicanismo de izquierda, de centro o de derecha, se estarían batiendo los republicanos. No es eso; nos batimos todos, el obrero y el intelectual, el profesor y el burgués —que también los burgueses se baten— y los Sindicatos y los partidos políticos, y todos los españoles que están agrupados bajo la bandera republicana, nos batimos por la independencia de España y por la libertad de los españoles y de nuestra patria. *(Grandes aplausos)*.

Somos objeto de una campaña difamante, en el orden político, fuera de España y dentro de España. Nosotros, señores, no exportamos política. ¡Ya sé yo que no estamos en condiciones de exportarla!, pero es que tampoco tenemos intención de exportar política española a ninguna parte, mas tampoco importamos política extranjera, ni admitiríamos la importación, ni nadie nos la ha pedido, ni nos la ha propuesto, ni lo desea. Y estoy autorizado por mi función para declarar que la República española no tiene contraído ninguna especie de compromiso político con ningún país del mundo. *(Muy bien. Grandes aplausos)*.



AL PUEBLO ESPAÑOL LE REPUGNA LA DICTADURA MILITAR

¿Es que cuesta tanto trabajo comprender el impulso nacional de un pueblo que no quiere dejarse poner una argolla? ¿Pero tan extraño se ha vuelto para muchos españoles el concepto de la libertad y de la dignidad humana, y de la dignidad nacional que les parece inverosímil batirse por algo que no sean los intereses de clase o la ideología de un partido? Pero, el sentimiento propio del hombre libre y el galardón de español, ¿no bastan para hacerse matar en las trincheras?

Oigo hablar de un movimiento nacional, que es como creo que califican su acción rebelde los autores de la rebelión. Un movimiento nacional, ¿puede existir si empieza por secuestrar la libertad de la nación? Yo estimo que un movimiento nacional sería irrefrenable en cualquier sentido que se pronunciase si tal fuese el movimiento nacional. Pero ya que haya un movimiento nacional lo primero que tiene que haber son nacionales libres para manifestarlo. Y un movimiento político armado de la guerra que se proclama nacional, no tiene más que someterse a la prueba de dejar a sus súbditos, a sus esclavos, a sus dominados, que digan lo que piensan y lo que quieren. ¡Ah! ¡Si dicen que quieren la dictadura militar, yo me comprometo a suscribirla, porque estoy seguro de que poquísimos españoles votarían en favor de la dictadura militar!

UNA UNION QUE NECESITARA IR MAS ALLA DE LA VICTORIA

Entonces, ¿qué es el movimiento nacional? El movimiento nacional está aquí, en donde alienta el pueblo libre, asistiendo al Gobierno legítimo de la República en su tremenda empresa. No he visto ningún desfallecimiento. A nadie se le ha obligado a combatir, a nadie se le ha obligado a abrazar la bandera de la República. ¿Pueden decir lo mismo los que ostentan este apelativo de movimiento nacional? Supongo que no. Sobre esta base de la unión del pueblo español en defensa de sus libertades esenciales de hombre y de las libertades y de la independencia de su Patria, es sobre la que está asentada esta enorme coalición de las fuerzas políticas y sociales y de Gobierno en defensa de España. Yo estimo que esta coalición y esta unión deben continuar, por lo menos, hasta la paz, por lo menos hasta la victoria. Quisiera que después también, porque cuando se acabe la guerra y haya forzosamente que prestar atención a una porción de problemas que ahora no están más que latentes, nos va a parecer que la guerra era cosa de juego y que los problemas de entonces serán mucho más difíciles y graves, con ser tan terrible el problema de la guerra misma, y para entonces será necesaria también la cohesión de los españoles y el espíritu de abnegación y sacrificio que hoy por hoy reina entre todos vosotros.

HAY UN SOLO MODO DE HACER LA GUERRA

Pero, mientras tanto, permítaseme decir

que necesitamos una política de la guerra. Estamos haciendo una guerra política, pero necesitamos una política de guerra, lo mismo en los frentes de batalla que en la retaguardia. Una política de guerra que no tiene más que una expresión: la disciplina y la obediencia al Gobierno responsable de la República. *(Muy bien)*. Ahí se cifra todo. Podríamos desarrollar esto en largas palabras, pero ahí se cifra todo: en la conducta misma de la guerra, en los aspectos morales del problema. Porque no me canso de repetir que no hay dos modos de hacer la guerra, o más exactamente, que hay muchos modos de hacer la guerra, todos malos, menos uno: el que conduce a la victoria, y ése es el que hay que seguir. No hay dos modos de organizar un ejército, y una guerra se gana con un ejército bien organizado. Ya sé yo que durante mucho tiempo, durante décadas, incluso profesionales han estado haciendo creer al público español que había un modo de hacer la guerra a la española que no era el sistema adoptado por los grandes países del mundo. Esto parecía la obra inconsciente de gentes empeñadas en rebajar el caletre español a la categoría de segundo orden. No hay más que un solo modo de hacer la guerra, y como en la guerra, a pesar de todas las aportaciones de la mecánica y de los adelantos de las artes industriales, etc., el factor decisivo es el hombre, el factor decisivo de la guerra es el soldado, el combatiente, el factor moral de la guerra es lo que más nos importa, y el factor moral de la guerra se traduce en disciplina, en obediencia, en capacidad, en mando y en responsabilidad. Todo lo demás es o una insensatez propia de la gente sin caletre, sin disciplina y sin conocimiento exacto de las cuestiones, o es un puro suicidio involuntario, al cual nosotros no podemos llevar a la República ni a la nación.

QUE NO RENAZCAN LOS VICIOS DE LA VIEJA POLITICA

Y en la retaguardia no es menos necesario el espíritu de obediencia y de disciplina, que no es de irresponsabilidad en los que mandan, sino de reconocimiento de la capacidad y de las autoridades competentes para gobernar, y mientras gobiernen y funcionen, ellas son las responsables de la dirección del país, y a ellas hay que prestarles el acatamiento y la asistencia sin los cuales no hay gobierno posible. Hay que guardarse de que el entusiasmo nacional y popular se extravíen en iniciativas personales o particulares llenas de buena intención, pero que, por su propia indisciplina y dispersión, están destinadas al fracaso. Hay que guardarse de que la espontaneidad española, de la que he hecho el elogio más fervoroso que se puede hacer de una cualidad nacional, esta misma independencia personal de cada español, redunde en perjuicio de nuestra causa. Y, sobre todo, hay que guardarse de que reaparezcan en tiempos de perturbación y de creación como los actuales los vicios más repugnantes y desacreditados de nuestra vieja política. Yo he visto por ahí que renacen los caciques, que los han cambiado de nombre y hasta de procedimiento, y en vez de ser curialescos y legalistas y llevar en el bolsillo una carta de recomendación, lo que hacen es llevar un fusil al hombro; pero que no son más valientes por muchos fusiles que lleven. Eso es una especie de caciquismo e indisciplina, en cuya extirpación hay que ayudar al Gobierno de la República. *(Grandes aplausos)*.

LOS ERRORES DE CONDUCTA SERIAN UN CRIMEN DE LESA HUMANIDAD

El señor alcalde, en sus emocionadas palabras, hablaba ya de la paz. Nadie la desea más firmemente que yo, pero la paz no se puede conseguir sino consumiendo sacrificios, y el sacrificio es más duro cuantas más cualidades personales hay que doblegar y disciplinar, y quemarlas en la pira de la causa común. Me creo autorizado para recordar a todos que los defensores de la República, dondequiera que estemos, en el Gobierno, en la Presidencia, o trabajando en un camino o conduciendo un camión, tenemos muchos jueces, muchos, unos presentes, otros ausentes; unos actuales y otros que vendrán.

Y estamos obligados, por la causa que nosotros representamos, a hacer todo lo preciso para que el fallo de todos esos jueces juntos nos sea favorable. Y de todos esos jueces, que unos son la conciencia personal, otros la opinión pública, otros la opinión del extranjero, otros los de la Historia; de todos esos jueces, el más apremiante, el más autorizado, son los combatientes, los combatientes de verdad, los que se han hecho matar en las trincheras, los que se están haciendo matar a estas horas, los que van a morir mañana. Estos son nuestros jueces más inmediatos, y sería un crimen, no de lesa patria, sino de lesa humanidad, que errores en la conducta —errores, no hablo más que de errores— pusiesen en peligro de malogro el sacrificio de estos hombres por los cuales existimos.

MADRID, LO MAS GRANDE DE LA HISTORIA CONTEMPORANEA DE ESPAÑA

No encontraría yo palabras, señores, para rendir el homenaje que merecen los combatientes, los combatientes que combaten, y de todos estos combatientes menciono a los de Madrid, porque Madrid ha asumido, como decía muy bien Cano Coloma, una representación excelsa. ¡Madrid, asesinados sus hijos, arrasados sus monumentos, en llamas sus tesoros de arte!... La misma excelsidad de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora. *(Estas palabras son acogidas con prolongados aplausos)*.

Y es verdad, Cano. En Madrid, donde nunca había pasado nada, pasa ahora lo más grande de la historia contemporánea de España, y será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños, todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.

Sí, Madrid se ha ganado, una vez más, la capitalidad moral de todos los españoles.

Yo no digo una sola palabra más de Madrid. El silencio vale por la admiración y por la gratitud. Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español, y de sus ruinas saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país saldrá una patria nueva. Para esa obra me emplazaba el alcalde de Valencia. Mucho honor sería colaborar en ella, pero hay que tener presente que reconstruir un país, y sobre todo (porque no se trata solamente de rehacer puentes ni edificios destruídos), rehacer el espíritu moral y sacar los frutos políticos y morales de la victoria, es una empresa que, si se pierde el espíritu actual que reina entre los defensores de la República, no sabríamos llevar a término nadie.

RECONSTRUCCION MORAL, LIBERAL, POLITICA Y SOCIAL

La guerra de la Independencia —hacia la cual me vuelvo yo muchas veces siempre que hablo de esta guerra— cobijó y amparó el nacimiento de un movimiento político español, el primero en que la nación española tomaba conciencia de su propio ser y empezaza a aletear con independencia política. Aquel movimiento político, al abrigo tremendo de la guerra, se malogró, como todos lo sabéis mejor que yo, y se malogró, entre otras causas, por falta de cabezas políticas bastante claras para sacar las consecuencias morales y de orden político que iban implicadas en el triunfo del movimiento. Espero que esta vez no sea así y que el pueblo español, mucho más ilustrado y más consciente de su posición y de sus derechos que el pueblo español de entonces, sepa encontrar el camino, las personas, los programas y los hechos necesarios para su reconstrucción moral, liberal, política y social, que importa más que la reconstrucción material de las ciudades destruídas, con importar mucho ésta.

No tengo por qué desde este sitio —quizá desde ningún otro— hacer programas políticos ni sociales; pero sí puedo decir mi sentir, mi íntimo sentir personal. Yo creo que las creaciones que van a salir de esta conmoción tremenda de España, y pienso con deleite en aquel momento de paz en que la majestad del pueblo, liberado y redimido de la tiranía, administre sus destinos con arreglo a las experiencias recibidas, confrontándolas con los ideales populares que ahora se manifiestan con tanto vigor. Pienso en ese día. No sé cuál será el régimen político español. Será el que el pueblo quiera. Pero el que yo quiero es un régimen donde los derechos de la conciencia y de la persona humana estén defendidos y consagrados por todo el aparato político del Estado, donde la libertad moral y

política del hombre esté asegurada, donde el trabajo recupere en España lo que quiso hacer de él la República, la única teoría cualificativa del ciudadano español y donde esté asegurada la libre disposición de los destinos del país por el pueblo español en masa, en su colectividad, en su representación total.

NI LA SINRAZON DE LA AMETRALLADORA NI LA DICTADURA DE LA PISTOLA

Si un día hace falta volver a combatir contra la tiranía, yo diré *presente*. Contra cualquier tiranía. Porque no estamos ahora manteniendo ese combate terrible, donde perecen los efectos más entrañables de nuestra vida moral, donde se desgarran las más íntimas fibras de nuestros sentimientos españoles: no estamos librando este combate contra la tiranía ni contra el despotismo para rehusarlo otra vez contra cualquiera otra tiranía, contra cualquier otro despotismo, y yo estoy seguro que el pueblo español ha adquirido la suficiente grandeza moral en esta prueba para no querer someterse jamás a la sinrazón de la ametralladora ni a la dictadura de la pistola. *(Muy bien)*. Dondequiera que sea, y para cuando sea, para combatir contra la tiranía, vuestro actual Presidente —Presidente o no. o simple vecino de Madrid,— será un soldado de filas. Para otras empresas le incumbe al pueblo y a sus expresiones legítimas decir cuál es su ambición. Ningún régimen será posible en España si no tiene por base lo que acabo de decir, y como yo, en mi vida pública, no he tenido más que dos pasiones: la pasión española y la pasión de la libertad, cifro estas dos pasiones en una sola cosa: en el hombre libre, con el galardón de ciudadano español, en una República de hombres libres.

Esta es para mí la ambición mayor y creo que para todos los que me escuchan.

EL TRIUNFO DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO

Vendrá la paz, y espero que la alegría os colme a todos vosotros.A mí, no. Permitidme decir esta terrible confesión: que desde el sitio que estoy no se cosechan, en circunstancias como ésta, más que terribles sufrimientos, torturas del ánimo de español y de mis sentimientos de republicano. Ninguna de nosotros hemos querido este tremendo destino. Ninguno lo hemos querido. Hemos cumplido el terrible deber de ponernos a la altura de este destino. Vendrá la paz y vendrá la victoria; pero la victoria será una victoria impersonal: la victoria de la ley, la victoria del pueblo, la victoria de la República. No será el triunfo de un caudillo, porque la República no los tiene, y porque no íbamos a sustituir el antiguo militarismo oligárquico y autoritario por un militarismo demagógico y tumultuario, más funesto que el otro y más ineficaz todavía en el orden profesional. La victoria será impersonal, porque no será el triunfo de ninguno de nosotros, ni de nuestros partidarios, ni de nuestras organizaciones. Será el triunfo de la libertad republicana, el triunfo de los derechos del pueblo, el triunfo de entidades morales delante de las cuales nosotros nos inclinamos. No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, seguramente su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España. *(Grandes aplausos y vivas a la República. Todos los asistentes, en pie, ovacionaron largo rato al señor Presidente de la República)*.

Los soñadores buenos

= De *El Diario de Hoy*. San Salvador, 15 de agosto de 1937 =

"*Trabajadores* y soñadores del mundo: uníos".

Pero el soñador que no dice sus sueños es como la piedra que no resplandece porque está enterrada. Es necesario aclarar el llamamiento y decir predicadores en vez de soñadores.

Con el término de predicadores, sin embargo, resulta un nuevo problema cuya solución es menester en este acto de esfuerzo colectivo. Hay predicadores que son soñadores, y hay predicadores que no son soñadores, sino que simplemente lo parecen. El charlatán de la calle es tan común como el apóstol y es menester tener buen juicio para conocerlo. De tal manera que venimos a hacer llamamiento a los soñadores de veras que predican, o a los predicadores que sí son verdaderos soñadores.

Pero, ¿dónde encontrar la clave que nos diga cuál es el buen ensueño y cuál el malo? Calvino era un soñador, y a Calvino se le tiene en la historia como una de las figuras más negras de la intransigencia religiosa. Marat era un soñador, y ya sabemos cómo los historiadores del siglo diecinueve, lo calificaron como una fiera vomitada por el infierno. Mahoma era soñador, pero traedlo a donde el otro soñador, Jesús, vino a predicar, y lo veréis como un loco. Abraham Lincoln fue un soñador purísimo, pero hablad de él a los viejos del sur y aparecerá como un verdadero demonio.

Hay una distancia inmensa entre el manso soñador del Calvario y el impetuoso soñador Atila. No podréis poner en parangón a Henry George, con su serena doctrina de la tierra común, y a Lenin, con su agresiva doctrina de la dictadura del trabajador. No hay término que una a los que creen y sueñan con una socialización de los bienes de la República y los que creen en la exaltación del individualismo.

Pero así y todo, saltará el otro problema. Si el soñador que no predica sus sueños, que no pone su luz en lo alto —en el decir del Evangelio— vale tanto como si no existiese: el trabajador que no lee y no entiende lo que le es como el sordo o como el ciego. Id a la plaza pública, predicadores sinceros que no sabéis alabar a vuestro oyente, así sea un millonario o un obrero, y contad cuántos de los que aplauden vuestras palabras y lanzan hurras por vuestra fe, podrán enseñaros en el corazón vuestra misma doctrina sentida con igual energía y con igual unidad como en vuestras propias almas. Recordad que apenas muertos los apóstoles la buena nueva se desintegra y se transforma, y la simple verdad se torna en sentencia para doctas interpretaciones, y el simple precepto en ardid de embusteros y malvados.

¡Unidad! ¡unidad!, esto que es la ley universal y la expresión única del Espíritu, es lo que fatalmente falta a los hombres para convertir este estorcolero en un edén. Unidad, que sólo nos la puede dar la verdad conocida por todos. Unidad, que sólo podrá venir con el advenimiento de una lengua común, enlazando como una guirnalda de estrellas almas iguales en la suprema igualdad de la perfección. Unidad, que sólo puede venir a nosotros cuando, aventando las alimañas de dentro de nuestras entrañas, purificados de las porquerías de la codicia y de la ira, podamos acoplar nuestras almas, en un estado casi angélico, y ajustar nuestras voces a una sola armonía.

Pero mientras llega esa edad de oro, esa mañana diamantina, todos nosotros permaneceremos divididos y pobres. Tendremos fariseos e imbéciles, gentes que predican falsedad, gentes que predican locura y gentes sordas a cualquiera prédica, sordas como las piedras del sendero, que sienten pasar indiferentes al embustero o al santo.

Soñadores buenos. Sí que los hay, y son aquellos que, despegados de las banderillas sociales o políticas, dedican sus afanes a ejercitar la mente en la duda y la investigación. Soñadores buenos los hay, y son aquellos que entregan retazos de eterna verdad al mundo, como Newton y Faraday, como Pasteur y como Descartes, dadores de bienes que nadie rehusa y que acogen con alegría del alma por igual el japonés como el americano, el mahometano como el cristiano, el rico como el pobre. Y esos soñadores sólo salieron de las manos de los maestros de escuela, esta clases que en verdad sí podemos unir, no en la conquista de efímeras glorias políticas, sino en una obra para Dios y la inmortalidad.

N. VIERA ALTAMIRANO

ALABANZA DE LA CONTINENCIA

Así, pues, en el primer volumen he pintado tan verídicamente como me ha sido posible el enloquecedor deseo sexual del muchacho robusto y sano, y sus ambiciones de éxito y de gloria; en este segundo volumen, a menudo se tratará de la castidad, o del efecto que la voluntaria abstinencia de los placeres sexuales ejerce en el carácter, en el espíritu y sobre todo en la labor creadora.

No pensé nunca, durante mi ardiente juventud, que un día celebraría las alabanzas de la continencia; pero ahora sé qué virtudes posee. Es Teófilo Gautier, me parece, el que cuenta de Balzac una historia que ilustra mi tesis. El gran novelista llegó un día a casa del poeta con una cara quejumbrosa.

—La literatura francesa ha perdido una nueva obra maestra—dijo tristemente.

—¿Qué quiere decirme con eso?—preguntó Teófilo.

—Mis locuras de anoche me van a incapacitar para todo trabajo durante quince días.

(De Frank Harris, en el segundo tomo de su libro *Mi vida y mis amores*. Edcns. *Ercilla*. Santiago de Chile. 1937).

Democracia... en los EE. UU., y en casi toda la otra América... satrapías

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y setiembre de 1937 =

El segundo Presidente Roosevelt acude a la Isla Roanoke y pronuncia un discurso exaltando los tres siglos y medio que hace de haber nacido en suelo yanqui Virginia Dare, la primera niña blanca hija de conquistadores ingleses. ¿Por qué vinieron los europeos occidentales al Nuevo Mundo? Vinieron—dice el segundo Roosevelt —a buscar oportunidades para el ejercicio de ideales democráticos. Un feudalismo agresivo negaba todo derecho a las clases medias y fueron éstas las que aventuraron sus vidas cruzando el Atlántico. Defendieron sus ideales y crearon la democracia yanqui.

Contra esa democracia ha habido siempre enemigos grandes y pequeños. Presidentes de la República, banqueros, jueces, comerciantes, ministros han asomado en diferentes épocas de la historia política yanqui odios anti-democráticos. Thomas Jefferson dió la "gran batalla para preservar la democracia". Lo atacaron hombres como Lord Macaulay, enemigo ferocísimo de que la "autoridad suprema de un estado" estuviera confiada a la "parte más pobre e ignorante de la sociedad." El segundo Roosevelt aprovecha la andanada para tronar contra los que inspirados en Macaulay, o por lo menos, descendientes de su estirpe mental, viven hoy en los Estados Unidos confabulados contra el régimen democrático que allá gobierna.

Democracia y más democracia, exclama. Y luego afirma: "Mas no podemos seguir a los torys que insisten en que la salvación reside en que se entregue el Poder en las manos de una clase selecta y que si los Estados Unidos no llegan a este sistema, perecerán. Macaulay condenó el esquema norteamericano de gobierno basado en la mayoría popular. En nuestro país ochenta años después sus sucesores no se atreven abiertamente a condenar la forma norteamericana de gobierno por mayoría popular, porque profesan apego a la forma; pero es lo cierto que sus hechos cotidianos demuestran su oposición a lo fundamental de la democracia. Les gusta entonar cantos a la libertad, modular frases acerca de la santidad de nuestra Constitución, pero en sus corazones desconfían del gobierno de la mayoría, porque una mayoría aleccionada no tolera los abusos que una minoría privilegiada busca para introducirse como un todo en el pueblo".

La andanada presidencial tiene dirección antifascista. No precisan muchos esfuerzos para adivinarlo. La concentración del poder en minorías privilegiadas sólo aparece hoy proclamada por los fascismos. En los Estados Unidos pugnan los plutócratas por mayores ventajas y exaltan el régimen anti-democrático. Ventajas interiores nada más. Que en el fondo no son otra cosa que mano libre para el pillaje. El segundo Roosevelt ha limitado mucho y de ahí la gritería contra él. Sale y busca sitio en medio del mar y pide para él "democracia y más democracia". Es su ancla y cree salvar a los Estados Unidos con ella.



El beso de las máscaras

Madera de *Emilia Prieto*

Esa medalla que el segundo Roosevelt acuña en la Isla Roanoke tiene cara y cruz. Para los Estados Unidos la que elogia la democracia como única forma perdurable de gobierno. Para estos pueblos de América la otra. Con la democracia crecen los Estados Unidos y no debe su pueblo permitir el inicio de ninguna lucha contra ella. El fascismo es funesto y en ello tenemos que estar con el segundo Roosevelt. Estamos con él cuando condena ese sistema sombrío de gobierno. Y decimos que el fascismo no pegará en nuestra América porque a los Estados Unidos no le conviene que pegue. Ese elogio rooseveliano de la democracia es antes que nada sentencia de muerte contra el fascismo. Es advertencia para estos pueblos de que los Estados Unidos no están dispuestos a permitir influencias fascistas adueñadas del mando. El fascismo es para los pueblos de Europa y de Asia en estado de barbarie. Significa sumisión a principios fijos e inalterables. Y la entraña de ellos está en Alemania y en Italia. De suerte que si dan el salto y vienen a nuestra América, estos gobiernos seguirán las órdenes de mando venidas de allá. Es decir, dejarán de acatar las que dan los Estados Unidos imperialistas. Por eso es necesario pedir "democracia y más democracia" por boca del segundo Presidente Roosevelt.

Es un bien que derivarán estos pueblos de los Estados Unidos enemigos del fascismo. Los gobiernos no podrán jamás aliarse a la Europa fascista. La barbarie fascista no vendrá a reñir con el poderío yanqui.

Mas la América no saldrá de ninguna sumisión. La santa democracia elogiada por el segundo Presidente Roosevelt deja de ser santa en cuanto no más sale del territorio yanqui. Todos los elogios son para lo que beneficie como sistema de gobierno los intereses yanquis. Cuando otros intereses ven esa luz y quieren aprovecharla, ya deja de ser luz y se vuelve tiniebla. Al segundo Roosevelt le es fácil levantar enardecida su voz en elogio de los méritos de la democracia, porque cuando así habla el eco no traspasa fronteras yanquis. Lo que precisa es hacer sentir a aquel pueblo que no debe variar su sistema de gobierno como se lo piden los sostenedores del fascismo, que en el fondo sólo buscan sostener sus personales intereses. De lo que los sostenedores de la democracia yanqui hagan fuera de los Estados Unidos no tienen que dar cuenta en sus discursos los gobernantes. Nada importa que gobiernos democráticos como el que preside este segundo Roosevelt mantengan relaciones cordialísimas con satrapías que han llegado a ser dueñas del mando pasando por sobre la democracia. Interesa defender del contagio fascista nada más que a la democracia yanqui. Las demás pueden ir a lo profundo de las más podridas aguas. Nada importa que las satrapías hayan asesinado y asesinen. Nada importa que tengan suprimido el régimen de opinión. Nada importa que roben y conviertan en hacienda particular lo que es de los pueblos. Todo está tolerado por la democracia que exalta el segundo Roosevelt con citas de Macaulay, porque mientras esas satrapías que son negación de la democracia, sean amigas del Gobierno yanqui que elogia los principios democráticos, ese gobierno podrá dominarnos sin luchas. Y lo primordial es el dominio de gobiernos. Dominados por el Departamento de Estado que es la negación de la democracia, tienen los Estados Unidos imperialistas el secreto de su expansión. Las satrapías entregan lo que el imperialismo necesita fuera de los Estados Unidos. El segundo Roosevelt señala como contrarios a la democracia en su país una serie de intereses banqueros, de empresas periodísticas, de comerciantes. Pero todos esos intereses son fuera de los Estados Unidos los que sostienen el poderío imperialista yanqui. Sin ellos no habría elogio de la democracia. Dan lo que el imperio necesita. Trabajan para fortalecer el imperio yanqui. Viene a la América y se entienden con las satrapías y obtienen contratos de toda clase. Y los contratos son la base de la expansión imperialista. Contratos para dominar las rutas aéreas, contratos para dominar el suelo, contratoss para dominar las aguas, contratos para dominar la banca, contratos para dominar las vías terrestres. Para cada contrato hay la organización rapaz salida de los Estados Unidos. Es la organización afiliada a los centros antidemocráticos que condena el segundo Roosevelt.

Por eso no nos ilusionamos con el elogio de la democracia salido del imperial presidente. No pue-

(Sigue en la página 158)

"*Este gran hombre*"

Hitler o el odio

Por *HEINRICH MANN*

= Tomado de la revista *Universidad Libre*. Bogotá, agosto de 1937 =



La educación física en Alemania.

(*The Birmingham* (England) *Mail*)

Este gran hombre es austriaco, y lo será toda su vida. El hecho de nacer en el antiguo Imperio de los Hapsburgos no constituye una nacionalidad, pero deja, eso sí, una marca indeleble de familia, de la cual no se podrá renegar. Este gran hombre, el actual amo de un país que no es el suyo, osa parangonarse con Bismarck y Federico de Prusia, pero no lo reconocerían el uno ni el otro. Existe más bien un parentesco entre él y Francisco de Austria, el suegro de Napoleón y cómitre de la fortaleza de Spielberg. Aquél encerraba allí a los liberales patriotas de su tiempo, ya fueran italianos, alemanes o eslavos. No amaba a ninguna de las poblaciones de lenguas diversas vivientes bajo su cetro; y aun vemos su figura larga y triste que aborrecía al género humano. Los hombres no parecíanle tolerables sino a condición de dejarse someter al dominio embrutecedor y siniestro de su casa.

Con Carlos V y Felipe II ocurrió algo semejante, pero en grande. No se trataba entonces de una parte del Este de Europa, sino de un continente entero que someter a los pies de los Hapsburgos. Desgraciadamente perdieron la partida no sólo una vez. Muchos adversarios de esta casa monstruosa debieron caer; desde luego, el rey de Francia, Enrique IV, aquel príncipe precursor de esa Europa libremente unida de nuestros pensamientos. Si su gran aspiración no hubiese fracasado con su muerte, los Hapsburgos habrían desaparecido.

En realidad, esta pesadilla retiróse lentamente, abandonando sus presas una a una: Flandes, España, Alemania e Italia. Lamentablemente reducidos, sumando derrota tras derrota, arrojados en algunas provincias mal abastecidas, no produciendo sino miembros podridos y mediocres, la casa de los Hapsburgos no renunció por eso a sus pretensiones ni a sus métodos. El derecho divino y la baja policía, una al servicio del otro.

Esta monarquía habíase prolongado aprovechando los celos nacionales de sus poblaciones, que las hacía vigilarse y subyugarse entre ellas mismas. Durante la guerra de 1914, los checos no tuvieron peores enmigos que los regimientos húngaros que se condujeron en su territorio como en país conquistado, mientras que espías de la *police* encargábanse de fomentar allí la desconfianza y la inquietud. No hay más que leer la cómica y cruel historia del bravo soldado Chveik, escrita por el checo Hasch.

Aun en tiempo de paz se han visto estallar extrañas pasiones de odio en Austria. Una de las más famosas fue el movimiento antisemita perpetrado en 1900 y que desbordaba ya de las mismas reivindicaciones y de las huecas teorías que mucho más tarde y en condiciones favorables debían surtir pleno efecto en Alemania. En una edad menos irritable y menos estúpida no se ha podido calcular su funesto alcance.

Un despotismo milenario había dejado en los súbditos de los Hapsburgos huellas que tienden hoy a desaparecer. La crueldad penetra allí con una cierta facilidad de olvido y una gran capacidad de goce. No se goza verdaderamente si no en las viejas servidumbres, pues allí la vida es fácil. Pero una superficie de escepticismos y de alegría esconde, más a menudo que antes, seres secretos y arteros: y es el mismo hecho de haberlos convencido de la inutilidad de todo esfuerzo generoso el que los vuelve simpáticos a quien no los profundice.

Hay razón para amar a los austriacos por sus dones artísticos, pero la farsa que está en su base traiciona al hombre, consolándose de las realidades, apoderándose de la vida a costa de su semejante, aliviando una existencia que le pesaría demasiado divirtiéndose. Muchos de los austriacos más conocidos fueron comediantes, no hay que olvidarlo. La naturaleza de los nativos de aquellos países parece más persuasiva, pero más engañosa también. Descontando algunos hombres de verdadero valer, tanto pensadores como artistas, el austriaco, formado por un reino inmutable y corruptor, debía sembrar gérmenes malsanos donde llevase su actividad.

La república alemana ha tenido demasiados austriacos; es una de las causas de su pérdida. Introdujéronse en los partidos, en la prensa y en los negocios, disolviéndolo todo con sus tendencias innatas de conformismo y de habilidad, indiferentes a los principios o a la honradez. Todos se ayudaban. Un debutante austriaco recién llegado a Berlín recorría durante quince días los cafés vieneses de esa capital, para medir su seriedad más que rígida y después de haber entablado relaciones con sus compatriotas entraba indistintamente a casa de M. Hugenberg o de los Ullstein.

Escribían a diestro y siniestro, eran jefes de partidos y ministros, siempre sin convicciones sólidas, siempre dispuestos a las retiradas y a la infidencia, el corazón ligero y la ambición despierta. ¿Alemania? ¿La república? Para ellos no eran sino ocasiones, puesto que en Viena no había suficientes puestos para todos. Sin relaciones verdaderas en el país, no eran los más apropiados para combatir con encarnizamiento por el régimen político y social que se había dado a este pueblo y por ayudar a una viviente democracia en formación, pero que apenas comprendían. Los austriacos, demasiado numerosos en situaciones delicadas, fanfarrones brillantes y hombres de un comercio agradable, contribuyeron mucho a disgregar aquel estado ya débil.

El cesante por naturaleza

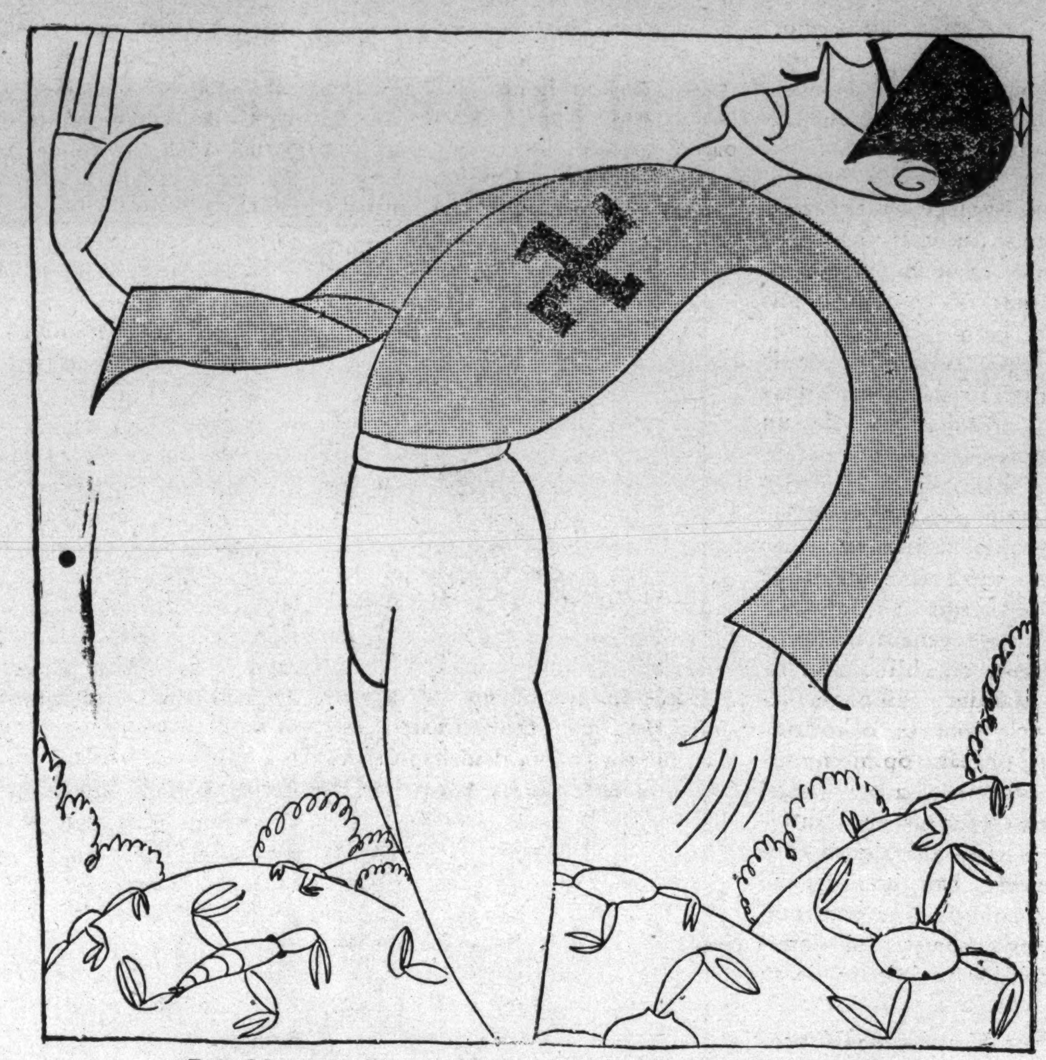
Este gran hombre de origen austriaco se ha apoderado de Alemania de la misma manera que sus compatriotas, aventajándolos a todos en ambición. Pero la suya era también fortuita y se amoldaba a las circunstancias. Artista como los otros, no se contentó con ser pintor de murallas; hizo cuadros y los envió al jurado, que los rechazó. Algunos miembros del jurado se arrepienten amargamente ahora que él ha triunfado en un distinto plano. En sus manos estuvo el que hubiese sido un simple fracasado en vez de un dictador.

Por otra parte, el destino habría podido llevarlo a servir a la república, y a labrarse una situación elevada entre tantos de su especie. Pero perdió la oportunidad. Nadie vio entonces esa excelente voluntad de hombre bueno para todo, en búsqueda de cualquier brecha que abrir. Le dejaron fuera, tascando el freno; era una cuestión de relaciones útiles que, en un momento dado, debieron necesitar. Fue también por culpa de esa jerarquía de sindicatos y de partidos obreros, donde había que resignarse a ascender grado por grado, trabajando de una manera normal.

Además, este gran hombre no había nacido trabajador. Era el cesante por naturaleza. Y no debe haber ejercido su honrado oficio sino cerca de los veinte años. Sobrevino la guerra, seguida de la revolución, y de un corto espacio, donde se pudo elegir entre la adaptación y la rebelión. Este gran hombre no tenía ciertamente un temperamento de rebelde; tenía el del cesante que, sin embargo, ¡no puede dejar los placeres de la vida! Junto con algunos camaradas, como él, inmovilizados e inaptos a causa de la guerra para una vida laboriosa, sin benevolencia para con los obreros, sus semejantes, los cuales veían en el nuevo régimen la única opor-

tunidad de liberación y de ascensión, contemplaba el derrumbe de la república.

No obstante, enrolóse en la armada republicana, y en el acto sirvió de espía en el centro del movimiento llamado más tarde hitleriano, que en aquel entonces estaba sólo en sus temerosos comienzos. Privados de las ventajas de una colaboración que seguramente no hubiesen rechazado a condición de quedar exentos de un trabajo regular, algunos descontentos chillaban en las restaurantes de Munich, molestando a los clientes. Había entonces siete, contando al gran hombre, que los espiaba. Era la miseria después de una juventud casi burguesa. De todos modos, era necesario remediar allí muchas cosas. Tenían en un principio sus rencores, sus esperanzas fallidas y sus apetitos insaciables. En segundo lugar, estaban convencidos de que, después de todo, aquel régimen era vulnerable. Habíase comprometido demasiado con sus enemigos después de una derrota militar. Los siete ganapanes lucubraron en su pequeño rincón que bastaría palpar con brutalidad la herida hecha en la vanidad a una nación, para que ésta se abriese de nuevo. Quién sabe qué de bellos proyectos se hicieron. El gran hombre olvidó fácilmente su calidad de espía de la República.



En Alemania los catedráticos son perseguidos por Hitler.

Hitler.—¡Ja, ja! Ma kritica al mundo parke soy anamiko de los sabios; no saben ka los sabios, al crear kultura al pueblo, van contra nosotros los dictadoras.

Por *Bagaría*

No obstante, es inadmisible que hubiese meditado en aquella época la caída de la República o el levantamiento militar o la salvación del sistema capitalista, que no se necesitó antes de él. No, pero su concepción inicial fue enteramente negativa, la que no varió, ni cuando dispuso más tarde de una armada y de subsidios fantásticos. Todo aquello fue como siempre el instrumento al servicio de instintos destructores y de deseos que no habían satisfecho el orden establecido.

El mismo odio, que era la base de la personalidad y del movimiento que iba a estallar, fue cobarde y mezquino. Creció y llegó a ser magnífico, digno de este hombre, en el curso de su acción, que no consistió sino en discursos. Ascendió denigrando a los demás y exaltándose ante veinte personas, y menos a veces. Cuando osó, no sin graves aprensiones, arrendar una sala más espaciosa, ganó de golpe cuatrocientos auditores, después dos mil, y así comenzó su fama.

La mereció por su real talento de orador, que consistía en decir cualquier cosa de una manera persuasiva, dramática, sin escrúpulos en cuanto a los medios para reforzar los efectos, siempre que se renovasen cada tarde. El melodrama es bueno cuando Margot llora, y lloraba realmente a lágrima viva al oírlo. Pero veía también a sus pies a viejos profesores de la Universidad de Munich, que iban a escuchar por curiosidad a ese iletrado, y que se sentían sobrecogidos ante aquella fuerza insospechada, hasta el punto de salir con las mejillas inundadas.

Es que, sin darse cuenta, había elegido su punto de partida. Munich es, en efecto, un medio neurotizado por el comercio secular con artistas de toda especie, los que toman una exagerada importancia en esta ciudad, que no se ocupa de asuntos de mayor envergadura. El histerismo alcanza a personas que, en otra parte, no pasarían de ser sino unos simples almaceneros. Toda la población muéstrase curiosamente sujeta a la farsa y a los excesos imaginativos, conservando, por otra parte, la reciedumbre y la rudeza de los antiguos paisanos. Esto produce de tiempo en tiempo accesos de un salvajismo muy particular, gracias a lo cual tienen los charlatanes espléndidas oportunidades. Y no hacen falta, puesto que cuentan allí con miles de artistas fracasados.

Pero el gran hombre debió agitarse durante diez años para conquistar la Alemania, después de haberse enseñoreado en Munich. Evoluciones sociales y psicológicas que no le pasaron inadvertidas, hicieron que Alemania absorbiese y sobrepasara más y más las disposiciones mentales endémicas de Munich. Era el momento supremo para un seductor de turbas, que se seducen, como a las mujeres, por el sexo.

Los instintos morbosos del gran hombre

Todo el mundo lo ha oído, puesto que dispone de la radiodifusión. Debuta con una voz inculta, de inflexiones arrabaleras, monótona, a pesar de lo amenazante. Pero pronto elévanse sus acentos al diapasón del drama vulgar, de los arrebatos canallescos, gritando, quebrándose de ira, en fin, vomitando todo; y entonces aparece el energúmeno, desnudo como una Venus salida de las aguas de una alcantarilla, exhibiendo sin pudor sus taras que, aparentemente, son otros tantos llamados a los instintos de la turba. Es la mala mujer que se hace amar desnudando sus pasiones inconfesables y que se desenmascara crudamente. Sobre todo, ella no se olvidará jamás de entremezclarias con las notas lacrimosas de la comedia de baja estofa que dice a sus víctimas: *¡nos persiguen!*.

Al final de sus discursos muchos auditores pregúntanse ofuscados si no hospitalizarán después a aquel epiléptico. Los médicos, siempre que les prometan no encerrarlos en un calabozo por sus diagnósticos, hablarán de manía de persecución, y viendo obrar a este gran hombre todopoderoso lo calificarán de perseguido perseguidor. Pero el orador, mientras violenta a las turbas y las viola, procúrase al mismo tiempo un placer digno de todas sus sensaciones de artista rezagado, exacerbado, que, inapto para crear, no ha podido producírselas sino presentándose desnudo ante el mundo que no lo necesitaba, ofreciendo su personalidad con todo lo que, normalmente, debería ocultar.

Saltos hacia atrás, sobrecompensaciones, complejos, todo el vocabulario freudiano cabe en su personalidad; y admitiendo la inconsciencia del gran hombre, muchos de sus adeptos saben perfectamente a qué atenerse. Parécelesque él mismo y su espléndido movimiento coronado de éxito forman parte de regiones equívocas del ser, que sería peligroso aclarar. Es bajo estos aspectos como hay que ver su odio feroz al análisis y a toda la literatura que nos ha nutrido. He ahí en qué se funda la adoración por este gran hombre que sienten algunos contemporáneos caídos en lo irracional, donde se revuelcan a gusto.

Al poder por la corrupción

Fué elevado al poder a pesar suyo, atraído por hombres que

arriesgaron todo para cubrir enormes malversaciones. Un negocio de corrupción lo ha convertido en el cruel amo de un país que habría codiciado en vano. Se debe también a su miedo a la prisión. Pues tenía que elegir entre ser arrestado por el general Schleicher o dejar obrar a los que lo nombraron canciller. Ya en 1923, después de una primera tentativa de sublevación, dió prueba de una insigne cobardía, permitida solamente a un personaje para quien están reservadas muchas otras villanías.

Un poder sin control, sobre todo sin su propia observación, permitióle por fin tomar vuelo, y siguió así un estado de cosas desorientador en el primer momento. Los orígenes del dictador lo explican con claridad. Alemania no había conocido aún ese meticuloso espionaje de las opiniones ni esa policía dispuesta a no respetar la vida privada de los contribuyentes. Las persecuciones no nos eran familiares; habíamos estado protegidos, aun bajo el imperio, por el prestigio de los derechos. Puede decirse que el Estado alemán había sido duro sin haber echado mano, por eso, a la crueldad reflexiva ni al odio.

Todo aquello fue la herencia de la monarquía de los Hapsburgos. Azuzaron éstos las poblaciones alemanas y húngaras contra los eslavos e italianos, y del mismo modo se sirve de los partidos de Alemania este gran hombre, sucesor de los Hapsburgos. El odio de razas como sistema gubernamental era desconocido en el país de Federico, libre pensador, y de Bismarck, imbuido en las ideas liberales. El antisemitismo no perdía allí su aire vergonzoso, malhadado. Esperó a este gran hombre para legalizarse y salir al sol.

Agregad a la opresión el placer de un solo individuo, un absolutismo del que ningún príncipe alemán dió jamás idea. En este punto, como lo confiesan sus adeptos, el tercer régimen es idéntico a la persona del amo. Desaparecido él, nadie pensará más en su imperio; así le ocurrió a Francisco José. Veinte años antes de que éste muriera, asegurábase ya que después de él no había más Austria. No olvidemos decir que el viejo emperador habíase convertido en un buen hombre que ya no abusaba. El que la libertad reclame sus tradiciones, no impide que la opresión tenga las suyas, y la fuente se halla para la Europa entera, en la Hofburg de Viena.

La Italia no ha hecho sino recurrir, para embromar a los italianos, a los métodos que, en otro tiempo, enseñóle la dominación austriaca. Pero es Alemania la que ha hallado el auténtico amo austriaco, y jamás se doblegará tanto. Celebra los signos de servidumbre y hace lo imposible por resucitarlos en honor de este gran hombre que, por muchos lados, parece arcaico.

Para someterse mejor, Alemania ha llegado a aceptar austriacismos de los que, hasta ahora, se había burlado: el egotismo falsamente artístico del personaje, sus mentiras, su farsa y su sentimentalismo que no teme hablar, ante el espantado universo, "de apoyarse en la tumba de sus padres". Donde deben haberse reído mucho es en Viena. Lo conocen allí demasiado íntimamente para dejarse arrastrar por sus encantos, y esa resistencia que la pequeña Austria, juiciosa y advertida, opone a su empresa, no es sino una rebelión de familia.

Ocupado únicamente de su personalidad, más tarde ilustre, este gran hombre había desdeñado siempre todo aprendizaje y persiste en ello. Es todavía el cesante impenitente de los pequeños cabarets de Munich, que aguardaba la ocasión de salir adelante, sin embarazarse con ningún principio, doctrina ni estudio profundo. Estad seguros de que jamás ha leído a Marx. Si el marxismo estuviese de moda, sería su primer promotor. Está persuadido de que las ideas nada valen en sí mismas, y que no es en el agitador espiritual en quien recae el honor, sino en el agitador que las presenta exhibiéndose. Insiste en ello en sus memorias, escritas antes de los cuarenta años y donde la Alemania, su decadencia y su reconstrucción, no entran sino como accesorios de su propia importancia.

Sólo gracias a él su país de adopción tiene derecho a todas las prerrogativas y también a precipitar su ruina, no sin provocar muchas otras. Con la condición de verse todos los días a la cabeza de demostraciones y paradas, no se preocupa del porvenir de la nación en que domina. No se explica de otro modo esa inconsciencia del gran hombre, cuyos hechos y gestos salen al encuentro de sus afirmaciones. Pues al fin y al cabo él es el gran vencedor teórico del marxismo, que aumenta a costa de destituciones y encarcelamientos, por no hablar de asesinatos. Pero es él también quien acaba de inaugurar la era de las expropiaciones. Por orden suya confíscanse las cuentas de banco, ocúpanse las casas de los sindicatos obreros y las de personajes conocidos de la izquierda. Se penetra allí para apoderarse de los automóviles y para quemar las bibliotecas, tanto públicas como privadas. El pillaje se ha convertido en una institución.

En los campos de concentración no se encierra sino a los marxistas. Hay entre los prisioneros simples comerciantes culpables de haber vendido la mantequilla a su justo precio, y muchos de los sacrosantos industriales les hacen también compañía. ¿Con qué derecho un defensor de la sociedad capitalista cierra los bares y obliga a la gente a iniciar empresas que más tarde le serán funestas? Llevará a la bancarrota, acompañadas de otras que caerán con ellas, a muchas casas judías, y a pesar de todo perdurará aún él como el salvador del capitalismo. Amontónanse los suicidas, y el país se trueca en un campo de batalla oscuro y clandestino. Está a punto de promover, no obstante la "revolución" nacional y grandilocuente, una verdadera revolución: la marxista. Ha entrado allí sin que él se dé cuenta.

En las alturas donde se agita este gran hombre, se jacta de destruir el marxismo, y, habiéndolo destruido, de perseguirlo todavía. Pero reaparece. La verdad es que, sin él, no habría marxismo en Alemania. Estaba adormecido bajo la república. Levantóse al grito racista de "Alemania, despierta". No dormirá más. Vivirá gracias a la actividad de los que piensan sepultarlo, y sus propias violencias empujarán su éxito.

No existe en el espíritu de este gran hombre la facultad de distinguir entre las ideas y los hombres. Teniendo a los hombres tras los hierros de un presidio, cree que ha terminado con las ideas. Para él, todo el potencial del espíritu se reduce a un orador en posesión de su auditorio. Por lo tanto, es menester que el orador esté en libertad; y ya que es él mismo y no el comunista quien disfruta de ella, el asunto le parece resuelto en definitiva.

Además, este pasmoso revolucionario, enseñoreado por fin en la gloria y la prosperidad, decidió con suma autoridad que, por tales razones, la revolución había terminado. Y sus partidarios, cuya opinión difiere de la suya, son tratados como simples marxistas. Jamás habíase visto esto, el fin de una revolución por un decreto. No tiene la menor idea de que comenzó ésta mucho antes que él, en 1914, y que continuará después de sus días hasta 1940, probablemente. Irá exasperándose, siendo cada vez más sangrienta. Y será él entonces el único culpable de los excesos que acarrearán sus abusos. Desde luego, puede asegurarse que se sustraerá a toda responsabilidad. Cuando llegue la hora de las sanciones, habrá partido ya en avión. Este gran hombre no es, por nada del mundo, un ferviente partidario de la locomoción terrestre.

Como es natural, no comprende el papel absolutamente transi-

Poemas

= *Envío de la autora. Los Angeles, California, agosto de 1937* =

TARDE DE MAR

Versos y besos
a la orilla del mar,
olas que se cruzan
sin saber donde van.
Alas de gaviota
sobre espuma de ola,
un alma que es loca,
y otra alma que es sola.
Arenilla incierta
que se lleva el mar,
esta arena no sabe
si viene o si va.
Vidas que se cruzan,
velas que se alejan,
no saben si llevan,
o si dejan.
Versos, besos, velas,
eterno soñar.
Mi huella en la playa
¿quien la borrará?
Ala de gaviota,
espuma de ola,
ésta mi alma loca,
y ésa tu alma sola.
En el alba-rosa
un barco se irá,
cuando el sol se oculte
¿quién se acordará?
Versos y besos
a la orilla del mar;
almas que se cruzan
sin saber dónde van!

PURO DIAMANTE

Dices que tengo una voz
de rumba y tango,
y que a la vez puedo ser
diamante y mango.
Dices que voy bailando
hacia la muerte,
yo detendré mi baile
por retenerte.
Que has encontrado a todas
las que en mí habitan,
a la mujer de carne,
y a la infinita.
Que sacaste de ti
mi yo impreso,
y ahora lo devuelves,
lágrima y verso.
Yo no quiero dejarte,
siempre contigo,
quiero gustar la nieve
de mi delirio.
En verso te devuelvo,
diamante y mango,
yo sigo con mi baile
de rumba y tango.
Y seguiré contigo
lo mismo que antes,
puro mango del trópico,
puro diamante.

ROSA ELVIRA ALVAREZ

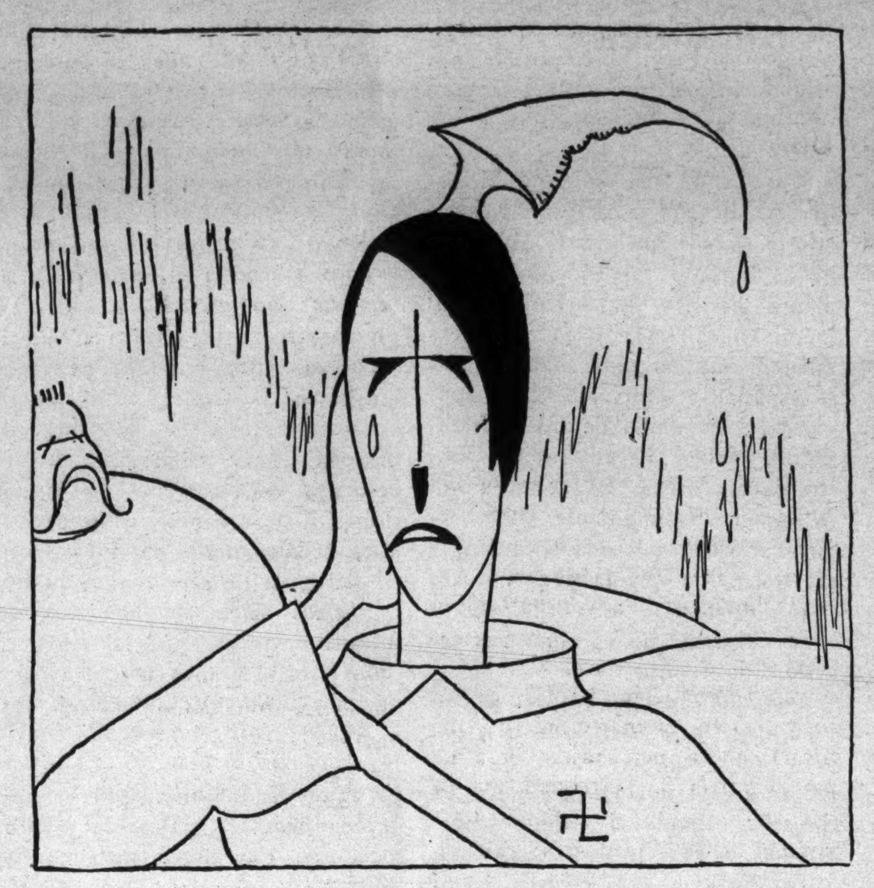
torio que le ha impartido la historia. En su libro hállanse pasajes de sorprendente inconsciencia. Escribe: "aquellos hombres inútiles a quienes el azar confiere un poder efímero, no se saciarán nunca de ensuciar el pasado, poniéndose al abrigo de la crítica con medidas arbitrarias". ¿Entonces sabe? ¿Se juzga? Pero no; aqui se trata del pobre Ebert que, por cierto, no se había creído el hombre del destino. Era más bien la suerte quien lo había designado. En revancha, su sistema nervioso estaba sano, había trabajado toda su vida y era alemán. Además, no debíamos temer una guerra con él.

La religión del odio

He aquí el argumento sin réplica del gran hombre. El honor de un país exige que se haga temer. Es traicionar, prometer una paz repleta de amenazas. ¡Hay que gritar a voz en cuello que se quiere pelear, o si no se es traidor! "Los marxistas no renunciarán a la traición, como las hienas a los cadáveres". Lo que significa simplemente: no hacer nada para que la guerra sobrevenga. Este axioma, muy del gusto del gran hombre, está designado, como otros más belicosos, a designarlo sucesor de Federico y de Bismarck. No obstante, ésos habían provocado deliberadamente y con fines determinados, guerras evitables, pero reales. El no sabe si podrá promover una algún día; no conoce ni la extensión de este guerra ni las ventajas que podrían sacarse de ella. No está seguro ni de los adversarios que tendrá.

Lo importante es hablar de ella y mantener vivo el peligro, lejano o inminente. Un día es el rearme inmediato e integral, y otro la inquietud por los persecutores que no se nombran, pero, quede bien entendido, que "nos persiguen", lo que no había ocurrido desde hace catorce años. Antes de él, la atmósfera de Europa estaba, en suma, tan en calma, que aburría. El ha descubierto el medio de volverla tempestuosa sin combatir, declinando toda responsabilidad en lo que se refiere al alcance de sus discursos.

Las emociones que se da este gran hombre son violentas y no lo obligan a nada. Las que provoca en sus públicos, están seguras de perdurar y de sacar consecuencias. Por lo demás, todo público, una vez engañado, se vuelve más sincero que el mejor de los comediantes, que se preocupa de su técnica. Este gran hombre ha absorbido la comedia hasta el punto, que uno se pregunta si es el verdadero canciller o representa tan sólo su papel. Su conciencia íntima debe presentarle algún conductor de pueblos ya conocido a quien no hay más que resucitar para obtener efectos que no fracasen.



El dictador que rabió

Hitler.—¡Ay de mí, ay de mí!
Sí acabaré llorando, yo que siempre reí.

Por Bagaría

Sus instintos de artista encuéntranse satisfechos. Por otra parte, necesita el peligro de guerra para permanecer en el poder. No habría ninguna razón de que lo ostentase, si el país no estuviera empeñado, gracias a él y a su movimiento, en una revancha después de una derrota inolvidable y que no se puede digerir. Es el solo significado admisible de una revolución llamada nacional. Matando y persiguiendo compatriotas en vez de enemigos, se hace la ilusión de haber vencido; y este gran hombre, por haberlos llevado a triunfos imaginarios y a auténticos excesos, es festejado por esos infelices como si hubiera ganado cien batallas. Ha obtenido la adoración de un pueblo al más vil precio, y la gloria repudia un renombre tan hábilmente escamoteado.

Un mundo fatigado de conflictos y de crisis, concedió a este gran hombre la suprema destreza diplomática, porque un día, por gran excepción, consintió prudentemente en la paz del mundo. Sus declaraciones tan sólo accidentales pueden cambiar la opinión de muchos, no la suya.

El sabe a lo que debe volver y conoce las pasiones que le entregan el país. Si se le creyese sincero partidario de Ginebra, en el acto estaría perdido. Pero aquel mismo día convocó también a su parlamento de comparsas para afirmarle todo lo contrario, para anunciar todas sus reivindicaciones con más temeridad que nunca. Un aviso imperativo y paternal, venido de Roma, lo obligó a proferir palabras de una suavidad imprevista, pero que los asistentes estimaron en su justo valor.

Hizo un gran esfuerzo: conminó a su pueblo de adoradores a la calma y, en efecto, se estuvieron quietos. Inclinándose ante sus promesas pacíficas, lo aclamaron, furiosamente, como si les hubiese leído una declaración de guerra. Este gran hombre ha alcanzado un prestigio en el que las palabras no tienen importancia, y lo conserva porque se sirve de él. Podría haberse callado durante aquella sesión, o haber ido a los lavabos. A su vuelta lo habrían aclamado igualmente.

El puede permitírselo todo, y sin quererlo, pues lo han forzado a ello. Yendo contra la evidencia y contradiciéndose sin descanso, libre de todo principio regulador, hace desfallecer los corazones, ya que no puede exaltar los cerebros. Oídlo hablar de catorce años de luchas intestinas—provocadas por él mismo—y del levantamiento nacional, que ha dado a Alemania la paz—la del cementerio y la del cadalso—. Oídlo cómo se proclama amigo de los obreros, después de haberlos despojado y reducido; o emitiendo incongruencias sobre la raza pura, aria y alemana, que, sola, habría realizado grandes conquistas intelectuales, cuando, justamente, acaba él mismo de expulsar a los eruditos judíos, a quienes se las debía. Admiradlo haciendo frases sobre esa epidemia de suicidios, de la que es él el único autor. Vedlo robar desatinadamente ideas bolcheviques, fascistas o republicanas, sin comprenderlas, y desvalorizándolas. ¡Qué vergüenza prometer a las mujeres alemanas una existencia tranquila, exclusivamente familiar, fuera de todas las condiciones de la vida real!

Que lo crean o no, da lo mismo. Pues se trata únicamente del movimiento oratorio o de cualquier otra especie. En eso consiste el famoso dinamismo. Las mentiras cobran vida, puesto que se reconocen como nacionales y se defienden hasta la muerte.

Este gran hombre apareció en un momento propicio, y la grandeza le fué atribuida por una nación que, al no ver y escuchar a otro, creyó haber hallado en él al que esperaba. Por eso exagera con toda libertad su histerismo, y una de sus cualidades es ser histérico, como lo son también el ignorar la mayor parte de las cosas más elementales, el no haber trabajado nunca y ser casi un extranjero en un país que lo adula como a una vampiresa del cine.

Los grandes hombres no han sido creados por los pueblos; es inútil poner en duda sus decisiones colectivas. No es ésta la primera vez que uno de ellos proviene de los confines de la nación y casi de fuera. Pero es que hay entre los elegidos apreciables diferencias, e ignoramos si se deben someter éstas al juicio de las naciones. Bastó tal vez un poco de suerte para que Francia encontrara a Napoleón o fuese descubierta por él. Alemania ha caído bajo otro tipo de elegido. Es este gran hombre.

INDIVIDUAL Y COLECTIVAMENTE

¿Que te has vencido en Cristo ya? ¿Que sufres resignadamente y te comportas como un cristiano?

Sí. Pero tú eres un sacrificado y no es ese sacrificio absoluto e incondicional *el que pide la vida, sino el triunfo de la razón en el vencimiento del egoísmo, para que tu individualidad se desenvuelva armónicamente en el conjunto de las individualidades, sin esperar el premio ni el castigo en el reino de Dios.*

Un vencimiento que no te niegue en modo alguno aquellas cosas a que tienes derecho: al sustento; a la salud; a la alegría; a la justicia y al progreso.

(Fdo. Lles y Berdayes, en su libro *La sombra de Heráclito.* Habana, 1923.)

Las Cuatro Canciones

Por DMITRI IVANOVITCH

= Envío del autor, Nueva York, N. Y., julio de 1937 =

PROLOGO

Del Autor a Esperanza

Dos figurillas ingenuamente sentimentales, algo despreocupadas, un tantico absurdas, y que bien podrán a trechos parecerte ridículas. Frases vagas, aladas, suspensivas; en las cuales promete la ilusión, amaga la realidad; y queda por fin vencedor el sentimiento que sabe burlarse del mundo entero, hasta cuando, para sonreír, haya que hacerlo por entre las propias lágrimas. Allá arriba: la luna. La luna poética, la luna clara, que, aunque es luz en los cielos y resplandor en el alma de los soñadores, no alcanza a ser ni tan siquiera advertida en la monstruosa ciudad nocturna donde los anuncios eléctricos suplantaron a las estrellas. ¿Valdría todo esto la rima y el ritmo de *Las Cuatro Canciones?*

¡Ah, Esperanza! Tú, la de los ojos azules que evocan el mar y que invitan al viaje; la de la voz que, como la penumbra de las cosas, se apodera de las palabras, y las envuelve y las acaricia y las atenúa y les da un sentido distante, amoroso, nuevo; tú, tú, Esperanza... Si dejando que mis dos figurillas te hablen de boca a oído les vas infundiendo, mientras que las escuchas, algo de ti misma; si les prestas un poco de las circunstancias, y a Colombina le das un sentido: el Alma; y a Pierrot le das otro sentido: el Corazón; y al millonario innúmeros sentidos, todos cuantos converjan a expresar esa cobardía complacida que, al sujetarnos a lo conocidamente seguro, nos impide marchar hacia el horizonte desde donde está llamando la tierra prometedora e ignota: si esto haces, Esperanza, verás como *Las Cuatro Canciones* se van convirtiendo para ti en un poema cuyo escenario es tu vida misma; y los personajes: tu alma que se hastía de la trivialidad; tu alma sin ensueño, que ha vuelto a ensoñar ahora, que se ha ido en busca de tu corazón, quien (¡como mi Pierrot cuando recibe a Colombina con los brazos abiertos!) la acoge enternecido y camina con ella bajo la claridad de los cielos los trémulos de luz; y camina con ella, Esperanza, hacia la aventura maravillosa, anhelada, increíble, eviterna...

1

PIERROT Y COLOMBINA EN BROADWAY

La luna en los cielos
sus cándidos velos
desata:
en los altos muros,
son como conjuros
los velos de plata.

¡Oh lenta delicia!
Es una caricia
la noche:
en su tibia calma,
va abriéndose el alma
lo mismo que un broche.

Sobre las aceras
desfilan ligeras
las gentes:
hay un embeleso
de luna, de beso
en todas las mentes.

Ríen los violines
allá en los jardines
galantes...
¡Ese valse ahora
parece que implora
tus brazos amantes!

¡Oh, cuán bueno fuera
seguir la quimera
dorada
de su ritmo, y luego
buscar el sosiego
de alguna morada!

Pero, ¿ves? La luna
sonríe cual una
promesa;
del valse que aun flota,
cada leve nota
nos llama, nos besa.

Tengo sed de irme
contigo a reunirme
con el torbellino.
Y a la madrugada
mirarte embriagada
de amor y de vino.

Y en la calle oscura
con la anteventura
gozarnos felices
de la tibia alcoba
que a Rembrandt le roba
sus áureos matices.

Mas, aunque tu dueño
soy, mi dulce sueño
no es mío...
¡y voy a tu lado
con mi resignado
bolsillo vacío!

2

PIERROT SE QUEDO SIN COLOMBINA

Hasta mi ventana
llega la lejana
claridad lunar;
esa luz del cielo:
¡qué ansia da de vuelo!
¡qué anhelo de amar!

En la alcoba incierta,
la luna despierta
no sé qué dolor...
¡Sabía su frente
ser tan inocente
bajo este fulgor!

Inseguro, lento,
mide el aposento
mi paso tenaz:
en la sombra quieta,
busco la silueta
que no veré más.

¡Pobre Colombina
rosada y divina!
Su mano gentil
quería un anillo,
y su piececillo
la media sutil.

Frente a las vidrieras,
las sedas ligeras
le hacían soñar...
¡Sin aquel moderno
sombrero de invierno
no podía estar!

Aunque yo la amaba,
mi amor sólo daba
besos y canción.
El beso era bueno,
el canto en su seno
ponía emoción....

Pero, ¡aquel galante
rubí titilante
lanzaba una luz!
¡era tan airosa
aquella costosa
pluma de avestruz!

Que hoy, mientras despierta
la alcoba desierta,
al rayo lunar
las sendas de olvido
de un sueño perdido
me pongo a cruzar.

Y enfrente del lecho
que aun guarda, deshecho,
su forma, su olor:
llamándola a ella,
siento que en su huella
contesta su amor.

3

COLOMBINA QUIERE AHORA AMOR

Oye, millonario,
vuelvo a mi salario
de ocho por semana.
Tu risa fatiga,
el seno me hostiga
tu barba entrecana.

En tanto que leve
desciende la nieve
del cielo sombrío,
entre tus lujosas
paredes tediosas,
me muero de frío.

Cuando los jardines
cruzo en los cojines
de tu auto ligero,
mi ensueño se queja
si ve una pareja
seguir un sendero.

Tú eres generoso:
a mi más costoso
capricho galano,
tu risa responde
y nunca me esconde
los cheques tu mano.

Tengo muchos trajes,
costosos encajes,
mantón de Manila;
¡en mi cabellera
la tríplice hilera
de perlas rutila.

Pero, ¡ay! ¿qué me importa
la joya que absorta
miré en mi deseo?
¡¡Mejor era verla
soñando en tenerla
después de un paseo!

Tu amor y tu oro
dan sólo tesoro
de gasas, de pieles...
¡¡y estoy loca, loca
por aquella boca
que me sabe a mieles!
¡Adiós, millonario!

Ten tu solitario,
guárdate tu oro...
¡Mi merino ajusta
muy bien, y le gusta
al hombre que adoro.

¡Ah! son sus cabellos
sedosos y bellos,
y huelen a trigo....
Y aunque he sido ingrata,
él, si no me mata,
volverá conmigo.

4

¡VIVA NUESTRA MADRE LA LUNA!

—¡Ah mi Colombina!
Cuando te ilumina
la luna,
no hay como tu amada
carita cansada
ninguna!

Bajo los destellos
tiemblan tus cabellos
que adoro,
y en ellos parece
que aun el sol pusiese
su oro.

Tu boquita roja
la risa deshoja
rendida...
¡Oh boca bermeja
donde es una abeja
mi vida!

Pero, ¿oyes? El viento
remeda lamento
lejano...
¡Qué racha cortante!
Y llevas sin guante
la mano...

¿Lo ves, dulce loca?
Mis versos, mi boca,
mi ensueño
no dan ni un abrigo...

—¡Pero estoy contigo,
mi dueño!

—Mira cómo en cada

auto va una amada
mimosa...
Y tú... en el arroyo....

—¡Pero en ti me apoyo
dichosa!

—Mientras que las puertas
a sombras inciertas
dan paso..
Tú... en la helada calle....

—¡Pero está en mi talle
tu brazo!

—Piensa en la dulzura
de la colgadura
de damasco espeso...
Y tú... sin abrigo...

—¡Pero está conmigo
tu beso!

—¡Oh, mi Colombina!
Aunque la neblina
se abata importuna;
aunque el viento ladre...

—¡Viva nuestra madre
la luna!

—¡Viva nuestra madre
la luna!

Democracia... en los...

(*Viene de la página* 152)

de ser sincero el segundo Roosevelt. No podemos ver sinceridad quienes estamos sintiendo el apretonazo de la mandíbula imperialista. Al gobierno yanqui le interesa más que sean satrapías las que estén en el Poder en estos pueblos porque con ellas se entienden mejor. No puede por lo mismo traernos los principios democráticos y obligarnos a decir: "democracia y más democracia". El grito está bien para el pueblo yanqui, a quien precisa librar de la contaminación fascista, no porque lo perjudique políticamente o moralmente, sino porque el fascismo es invención europea con tendencias a coger dominio en estos pueblos. Y estos pueblos son para el imperio yanqui. Dejar que gobiernos europeos metan la mano en estos feudos del imperialismo es locura. Si el fascismo hubiera nacido en los Estados Unidos para impedir que lo europeo o lo nipón desalojaran lo yanqui, entonces sí sería difundido por América.

Pero es doctrina política rival de la yanqui y de ahí la lucha resuelta. Hacerse ilusiones con los decires del segundo Roosevelt es perder lo andado. Bastante hemos podido adivinar en esta red terrible tendida por el imperialismo y ya sabemos cuáles son en determinados momentos las armas que cala reciamente para defenderse. Ahora cala la del elogio de la democracia porque en Europa los fascismos se han organizado para desalojarlo de América. Y como los fascismos son la negación de la democracia, entonces hay que volver a lo que parecen relegar las naciones que andan al asalto de las demás naciones.

Los pueblos de América viven asaltados por el imperialismo yanqui. La guerra no es salvaje como la que han desatado contra España los fascismos, pero es guerra constante y cruel. No hay punto libre por donde no aparezca con aires de conquista la organización yanqui al servicio del imperialismo. En el fondo fascismo e imperialismo yanqui son la misma cosa. Son rivales. La rivalidad por cogerse a la América los pone a luchar. Pero la América no debe hacer distingos. Ambos son regímenes detestables. Es claro que la diferencia existe en cuanto a que la democracia exaltada por los Estados Unidos sí la vive su pueblo. Pero fuera de allí, fascismo e imperialismo yanqui tienen los mismos sistemas de conquista. Buscan la presa y la persiguen hasta darla vencida. No podemos decir que para librarnos del fascismo nos aliamos al imperialismo yanqui. En América no habrá fascismo como sistema de gobierno porque los Estados Unidos no lo tolerarán. Nada más que por esta poderosa razón. Aún cuando los fascismos europeos hagan cuanto esfuerzo puedan para calarse en los gobiernos, el imperialismo yanqui estará dándoles la batalla recia. Y no por eso hemos de agradecer al yanqui nada. Nos libra del fascismo y nos somete más a su garra. Esta es la realidad.

Hemos querido comentar el discurso del segundo Roosevelt que encontramos publicado en un periódico de izquierdas, porque estamos seguros de que si es verdad para allá lo que ese discurso afirma, no lo es para acá. Como arma para dar al traste con el fascismo es buena. Pero a estos pueblos no les conviene usarla ni necesitan de ella. La democracia no se la dejan vivir los Estados Unidos. No quieren que aquí axistan democracias. Cuando las hay, miran con agrado la aparición de las satrapías. Con las satrapías viven en paz estos elogiadores de la democracia. No demos por eso valor alguno a los discursos enardecidos de Presidentes de los Estados Unidos. En nada favorecen la condición de estos pueblos. Y si en alguna forma favorecen al pueblo yanqui no es para que nosotros hagamos lo que ese mismo pueblo no hace. Veamos nuestro caso, el caso de estos pueblos. Allí está Puerto Rico esclavizado por la democracia que exalta el segundo Roosevelt. ¿Por qué el señor Roosevelt no salta la frontera yanqui y hace justicia al pueblo puertorriqueño? ¿Por qué no oye la queja puertorriqueña que debe llegarle angustiada y brava? ¿En la inmunda prisión de Atlanta no tiene ese pomposo elogiador de la democracia a Albizu Campos y demás compañeros pudriéndose, porque así lo quiso la maquinaria que el imperialismo tiene puesta en Puerto Rico para acabar con su dignidad de pueblo libre? ¿No oye el segundo Roosevelt la queja puertorriqueña? Tiene que oírla, pero es sordo a ella porque los intereses imperialistas le gritan que hasta Puerto Rico no puede extender su mano. Le permiten que grite dentro de los Estados Unidos y nada más. Cuando el grito hiere intereses yanquis situados en Puerto Rico, en Cuba, en Nicaragua, ya no hay principios democráticos que defender. Entonces se está con el soberbio Macaulay, con el tory burlón que juzgó de mala manera al yanqui defensor de los ideales democráticos.

PEDIMOS COLABORACION

Bogotá, 6 de setiembre de 1937.

Señor Editor del
Repetorio Americano
San José, Costa Rica.
Estimado señor Editor:

En conmemoración del día de la Raza, la revista Universidad Libre *dedicará la edición íntegra de su número 16 a la Madre Patria. En este homenaje que tributaremos a las heroicas masas españolas se exaltará de manera especial la causa legítima que defiende la democracia ibérica. Con el deseo de que este tributo exprese los sentimientos de solidaridad americana por los ideales populares defendidos por la España trabajadora, hemos decidido solicitar de nuestros amigos de América colaboración para nuestro número extraordinario.* Universidad Libre *vería muy complacida que los colaboradores de* Repertorio Americano *nos enviaran escritos alusivos y compenetrados del sentido de nuestro homenaje.*

Con la seguridad de que esta encarecida solicitud no será desoída por los sostenedres de la alta tribuna de cultura hispánica que Ud. edita, nos es grato suscribirnos como sus atentos colegas y amigos,

Celso N. Solano — Roberto de Zubiría C.

P. D.—Nos interesa tener la colaboración que solicitamos, el día 20 del presente mes, a más tardar.

LA LIBERTAD DEL LIBERALISMO

La libertad deja de ser un valor absolutamente legítimo si aparece confundida con el liberalismo, como ocurre en el noventa por ciento de los casos cuando el criterio vulgar se expide sobre estas materias. El liberalismo no es más que una apariencia de libertad, una máscara, un disfraz conveniente tras del cual se agazapa la dictadura plutocrática. El liberalismo no otorga al sujeto ninguna libertad real, sino una libertad teórica, hipotética, ficticia, de la que en la práctica no quedan más que las ruinas. El supuesto fundamental para hacer posibles los regímenes políticos inspirados en el concepto de la persona, consiste en que ellos le aseguran a ésta una libertad real, la que no podrá lograrse sin el progresivo ensanchamiento del contenido, de la materia, del derecho, en contraposición al sistema jurídico puramente formalista que implanta el liberalismo, y sin la planificación de la economía. Economía planificada no quiere decir economía dirigida. La economía dirigida busca tan sólo el mayor provecho, el mayor rendimiento total, por la elevación de los precios o por el ajuste de la producción. Es un concepto puramente económico. La economía planificada, en cambio, es en primer término un concepto ético y en segundo un concepto económico. La finalidad de sus normas estriba en asegurar al trabajo un mínimo de rendimiento compatible con la libertad.

(De Carlos Alberto Erro, en su libro *Tiempo lacerado.* Ecns. Sur. Buenos Aires. 1937).

La Ley de Prensa es inconstitucional

Por ALFREDO L. PALACIOS

= De *Crítica*, Buenos Aires, julio 26 de 1937. =

La ley sancionada en Santa Fe es inconstitucional y anacrónica. Yo creía que después del debate producido en el Senado sobre la libertad de prensa, ninguna provincia pretendería violar el artículo 32 de la Carta Fundamental: "El Congreso no dictará leyes que restrinjan la libertad de imprenta", y el 14 que al enumerar los derechos de todos los habitantes consagra el de "publicar las ideas sin censura previa".

Los gobernantes que no han sido elegidos en comicios libres, temen a la prensa, porque ella les sigue con ojo avizor, analiza sus resoluciones. Y es bueno que así sea. Si los ridiculiza o los desacredita, no hay en ello un serio perjuicio social y siempre el gobernante tendrá la manera de reaccionar contra el periodista que tal cosa hace, sin necesidad de restringir la libertad de prensa.

Convendría recordar a Rivadavia, la más grande figura civil de los argentinos, al decir de Mitre, que fué mil veces combatido sin que perdiera el respeto de sus conciudadanos. Es que la fuerza moral la pierden los hombres o los partidos por sus faltas, no por el ataque de sus adversarios. No es cierto que con la prensa, enteramente libre, corra peligro la sociedad y menos la familia. Corre peligro sólo nuestra vanidad atacada.

Por otra parte es verdad indiscutible que quien exagera y miente acaba por desacreditarse. Para la injuria y la calumnia, bastaría con que las legislaturas adoptaran las disposiciones del Código Penal, pero crear delitos de imprenta, *delito específico*, es absurdo. Me he ocupado de demostrarlo, en una extensa exposición que hice en la Cámara de Senadores. Si el ataque no constituye calumnia o injuria, basta con la reacción personal o el desprecio.

Se caería en el ridículo si se castigara al detractor ingenioso, como el periodista francés Henry Rochefort que escribía así, en *La Lanterne*:

"El otro día se ha vendido por dos mil francos un caballo que fué uno de los mejores de la cuadra del duque de Berny. Ante los 2.000 francos pagados por el caballo, se estremece uno pensando que el dueño que tanto nos ha costado, nunca ha llegado a valerlos."

"La estatua ecuestre de Napoleón tercero, representado como César — riamos mientras podamos—es obra de M. Barrey. M. Barrey es el más grande de nuestros escultores de animales".

En las luchas por la democracia realizadas en nuestro país, la prensa fué siempre libre. Los periodistas, las más grandes figuras próceres, fueron respetados y a fe que atacaban reciamente.

Sarmiento, el impulso tempestuoso y depurador que a la vez construye, modela y forja en realidades nuestra civilización; Alberdi, que con su pensamiento se adentra en lo futuro; los dos en la prensa, rugen, pelean, lanzan denuestos y sus plumas son escalpelos que hienden, sin piedad, la carne enferma hasta llegar a las fibras sanas.

¿Quién hubiera pensado, entonces, en dictar una ley en virtud de la cual se les exigiera a esos hombres pedir permiso al juez del crimen, *subrayo al juez del crimen*, para instalar una imprenta o editar un diario?

La ley de Santa Fe está en contra de nuestra tradición argentina de libertad. En la época más tumultuosa, cuando aun caldeaba el rescoldo de los odios y pasiones que había encendido en los ánimos la lucha entre federales y unitarios, y cuando la prensa disparaba más proyectiles que diseminaba ideas, los hombres aguerridos que forjaron nuestra Constitución, consagraron en ella, sin embargo, con preferencia absoluta y terminante, la libertad de expresión para el periodismo.

Recuerden los gobernantes actuales, cuántos denuestos han caído sobre el nombre de nuestro gran Sarmiento, para quien el epíteto de *loco* era familiar; recuerden todos los denuestos que cayeron sobre la venerable cabeza de Juan Bautista Alberdi y piensen, que esos hombres atacados, combatidos, agredidos, aparecían todavía más grandes y más fuertes; se dignificaban más ante el pueblo, acaso por los mismos combates que habían tenido que sostener, acaso por las mismas contiendas que soportaran. Y esto es, como lo expresé en otras oportunidades, porque la piedra que puede aplastar a una sabandija, cuando se arroja sobre la cabeza de un grande hombre, sólo contribuye a formar el pedestal para su estatua futura.

La ley inconstitucional y anacrónica de Santa Fe debe ser derogada. Todo su articulado es censurable, y el pensamiento que lo informa es contrario a la tradición argentina, de la que tan orgullosos nos sentimos.

No quiero referirme a disposiciones tan originales como la de que para editar un periódico, es necesario ser mayor de edad, lo que impediría la publicación de revistas de estudiantes; o la de que no podrá ser editor un legislador nacional.

Bastaría citar que las fianzas y los permisos que exige la ley, *constituyen censura previa* y, violan, por lo tanto abiertamente, la Carta Fundamental.

"La fianza, dice el constitucionalista Augusto Montes de Oca, se ha exigido en diversas legislaciones y se cita como modelo especial la que subsiguió en Francia al golpe de Estado del 3 de diciembre de 1851. Por decreto del 17 de febrero del año siguiente, todo editor de un periódico debía recabar la previa licencia de las autoridades públicas y dar una fianza a satisfacción de las mismas, para poder dar a luz un diario. La fianza variaba, según la importancia de las localidades. Juzgada teóricamente, ella importa un ataque indubitable a la libertad de imprenta; el que no posee medios suficientes para otorgar una caución pecuniaria, se encuentra privado de comunicar su pensamiento por medio de la prensa. La licencia previa, que también enunciaba el decreto del 17 de febrero de 1852, ha sido requerida entre nosotros por el del 1º de febrero de 1832, dictado bajo la tiranía de Rosas. No hay duda tampoco de que este medio ataca la libertad de prensa, porque hace posible que la autoridad deniegue el permiso que se solicita". Tal la opinión de un hombre sereno que ilustró la cátedra con su ciencia.

Conviene señalar que la ley establece una solidaridad penal—en lo que llama *faltas o delitos de imprenta*, entre el propietario, el editor y el autor del artículo,—inaceptable frente a los principios más elementales del derecho. Tal cosa equivale a poner a cargo de una persona la responsabilidad emergente del delito de otra persona, lo que está en pugna con los postulados del derecho penal, en virtud del cual nadie puede ser castigado sino por hechos cometidos por él...

En síntesis: la ley es inconstitucional y anacrónica.

DOSTOIEWSKI NO DESDEñABA AL PUEBLO

Tenía el tipo característico de los lituanos; sus cuatro hijos se parecen bastante; sin embargo, los ojos de mi padre eran oscuros, verdaderos ojos de ucrano, y heredó la buena sonrisa de su madre rusa. Era más vivo, más apasionado, más emprendedor que sus hermanos. Sus padres le llamaban un verdadero *fuego. Mi padre no era altivo y no tenía ningún desdén por el pueblo, desdén que experimentan frecuentemente los intelectuales polacos y lituanos. Querían a las gentes pobres y se interesaban vivamente por su suerte. Una verja separaba el jardín privado de mi abuelo y el jardín del hospital, donde se pasaban los convalecientes. Se había prohibido severamente a los pequeños Dostoiewski acercarse a esta verja; se temía que se contaminaran del mal tono y las malas maneras del pueblo moscovita. Desafiando la cólera de sus padres, el mío se deslizaba hasta esta verja y entablaba conversación con los campesinos y los artesanos convalecientes. En verano, cuando marchaban a Darovoie, entraba en relación con los siervos campesinos de su padres, y, según dice mi tío Andrés, el mayor placer de su hermano Fedor era el ser útil a éstos pobres campesinos que trabajaban las tierras.*

(De Amada Dostoiewski, en su libro *Vida de Dostoiewski por su hija*. Edit. Mundo Latino. Madrid).

LO DEMAS, POLVO DEL CAMINO

—Hombres y hechos, no nos faltaron jamás. De heroísmo y desprendimiento está hecha nuestra historia. Alimento de hombres fuertes y riñonudos, coraza para débiles, eterno ejemplo y orgullo nuestro. La historia de nuestra nacionalidad, Corrales, es de ayer, pero está crecida como un árbol antiguo. A su sombra pueden ampararse los pueblos, como bajo el samán de Güere se acampaban los ejércitos. Y no se ha de cambiar, porque en el espacio ya tiene trazada su arquitectura fundamental, de acuerdo con el porvenir, por obra y gracia del jardinero que le ayudó a levantarse sobra la tierra: Simón Bolívar, niño Corrales. A nosotros sólo nos resta cuidar de que no se bastardee la concepción del jardinero. Y en eso hemos estado y se nos han ido cien años y continuaremos luchando, en el convencimiento de que es arquitectura única, es la nuestra. Lo demás, polvo del camino. En síntesis, esa es nuestro historia hasta el presente; la del futuro, Corralitos, ha de ser consecuencia del pasado.

(De L. M. Urbaneja Achelpohl, en su libro *La casa de las cuatro pencas*, novela venezolana. Caracas. 1937).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $3.00
EL AÑO: $ 5.00 Oro Am.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

El porvenir de España

Por GREGORIO BERMAN

= De *Nuestra España*, París, agosto 7 de 1937 =



Hay pleno derecho para descansar tranquilos en el porvenir de España. Quien ha aprendido a querer y a conocer su pueblo, el que ha sentido la fuerza de su voluntad vibrante, su poderoso equilibrio estremecido de pasión, su conciencia alerta y honesta acerca de los problemas de la hora, su capacidad creadora, alza por encima de la anécdota negativa, por plural que ella sea, la inquebrantable esperanza en su destino.

Descanso confiadamente en las masas de sus ciudadanos que están librando guerra tan tremenda contra los peores enemigos de la humanidad. Han caído muchos de sus mejores hijos, de sus valores más efectivos, de sus esperanzas más firmes. Pero día a día llenan sus huecos sangrientos nuevos inagotables brotes de esta recóndita fuerza, de este poder virgen que no sospechaban los criminales traidores a España, la misma que al decir de Marx ignoró Napoleón, y que por tal preparó su estrepitosa caída. Militares y terratenientes, obispos y capitalistas creyeron tener todos los triunfos en la mano, supusieron que lo habían previsto todo, pero no contaron con esto sólo: con el pueblo español, que los enterrará definitivamente.

¡Que bien comprendieron el proceso revolucionario los creadores del socialismo científico cuando basaron su triunfo en la fuerza de las masas! Ingentes masas son necesarias para ir al asalto de las posiciones milenariamente fortificadas del capitalismo. Muchos de los nuestros quedan sobre el terreno, pero incesantes oleadas de reservas terminan por conquistarlo. Grandes masas de trabajadores hacen falta para resistir los contraataques, y después, sobre su ancha base para realizar las gratas tareas de la construcción socialista. Con ese poder que la naturaleza pone en las simientes innumerables, algunas prenden entre los millones que se pierden, y ya se llena la finalidad biológica. Y el pueblo español ofrece a la revolución su inaudito poder juvenil que multiplica la simiente y la hace prender.

Conságrase el fracaso de los que lo han utilizado simplemente para conquistar bancas parlamentarias, de los liderillos aprovechados, de los grupitos de magísteres e intelectuales que han ofrecido cataplasmas a sus necesidades y sufrimientos. Se consagra también la única solución, la revolucionaria. Y ésta sólo pueden darla y la están cumpliendo, las masas. Lo he visto, lo he sentido en sus soldados y en sus obreros, en sus muchachas y sus pioneros, en sus dirigentes políticos y sus campesinos, en sus jóvenes y en sus maestros, artistas y capitanes, en sus poderosas organizaciones políticas y sindicales.

Pérdidas sin cuento ha sufrido España en esta guerra civil. Valores espirituales y bienes materiales destrúyense sin tasa y sobre sus ruinas se lamentan plañideramente algunos conservadores, lloran mujeres la destrucción de sus muebles y enseres domésticos. No es mucho atreverse a afirmar que nada de esto tiene importancia frente a la ganancia que se anuncia. En menos años de los que cuentan los dedos de una mano habrá reconstruido España sus riquezas y mucho más. Lo mismo que todos los pueblos del mundo han acudido en esta hora de prueba con fervorosa solidaridad, mañana en el momento del regocijo estarán más presentes aún. Aun cuando así no fuera de inmediato, inaudita será su ganancia. ¡Nada menos que la de su destino histórico! Ya están echados los cimientos, indestructibles. ¡Y esto es lo que importa! Ya construirán las viviendas renovadas manos fuertes y nobles de trabajadores.

El genio sombrío de los Carlos y de los Felipes pretendió imponer al mundo al través de España una concepción teocrático feudal. Estos funestos retardados intentaron prolongar en vano una edad media imposible. Y así, durante siglos, consumaron el fracaso de España hundiéndola en una decadencia de la que sólo salvó su pueblo que había entrado entonces en una prolongada vida latente. Pese a los destellos de creadores geniales, el fraile sucedió al místico, el militar al conquistador, el charlatán al artista, el cacique y el monarca a la voluntad popular. Toda putrefacta muralla va siendo barrida por el vendabal revolucionario. Aun haciendo abstracción del enorme significado que tiene para el mundo esta guerra, la victoria abre perspectivas inusitadas para España. Con una España vital y libre ¡cómo se enriquecerá el mundo!... Logrará al fin esta unidad espiritual y de acción que desde hace siglos siente escindida entre la realidad y la idealidad, entre entre lo que es y lo que debe ser, en un desequilibrio que intuyó la inmortal creación cervantina. En el dolor y en el sacrificio está forjando el pueblo español esta unidad, esta plenitud de su ser que dara páginas gloriosas a la humanidad.

Hace más de treinta años dos grandes españoles, tal vez los más grandes de su tiempo, Gavinet y Unamuno polemizaron sobre el porvenir de España. Caen sus palabras tristes y desesperanzadas. ¡Cuán distinto es hoy el lenguaje que todos hablan! En medio del tronar del cañón, en medio de ruinas y de sangre, se elevan los cantos de su hombres y de sus mujeres anunciando una nueva era. Para entrar definitivamente en este camino glorioso, sólo cabe un medio, ganar la guerra. Todo lo que atente contra este fin, todo lo que vaya contra la unidad del pueblo español, que lo aleje de este objetivo es un crimen contra el destino de España. Todo lo que atente contra la unidad a través de sus organizaciones obreras y políticas y alargue el camino del martirio que con tanta grandeza recorre el pueblo español, es fratricida. El buen sentido de su pueblo todo lo vencerá, y entonces el 18 de julio que los facciosos consideraban como su fecha será uno de los fastos más dichosos de la Humanidad.

. *Imprenta Borrasé Hermanos* .